AÑO I ENERO DE 1911 N.º 3

REVISTA CONTEMPORÁNEA

PUBLICACION MENSUAL DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES ETC.

DIRECCION: EJÉRCITO, 707—SANTIAGO DE CHILE

De BALDOMERO LILLO

Era él solo...

Esa mañana, miéntras Gabriel, arrodillado frente a la puerta de la cocina, frota los cubiertos de metal blanco, se le ocurre, de pronto, el proyecto muchas veces acariciado de huir, de ganar el monte que rodea al pueblo para dirijirse, en seguida, en busca de sus hermanas. Desde hace tiempo, el pensamiento de reunirse a las pequeñas, de verlas i de hablarlas, es su preocupacion mas constante. ¿Qué suerte les habrá cabido? ¿Serán mas felices que él? I se esfuerza por creerlo así, porque la sola idea de que tengan tambien que sufrir penalidades como las suyas, lo acongoja indeciblemente.

Mas, como siempre le acontece, las dificultades de la empresa se le presentan con tales caractéres, que se descorazona, conceptuándola irrealizable. ¡Residen tan léjos las pobrecillas, i él carece de dinero i de libertad para emprender el viaje!

Un abatimiento profundo se apodera de su ánimo. ¡Nunca podrá vencer esos obstáculos! I acometido, de pronto, por una de esas crísis de desesperacion que le asaltan de cuando en cuando, quédase algunos instantes inmóvil, con el rostro ensombrecido, llena de tristeza el alma.

De súbito, los sones bulliciosos de una charanga atruenan la desierta calle. Es la murga de unos saltimbanquis, que recorre el pueblo, invitando a los vecinos a la funcion de la noche. La música pasa i se aleja escoltada por la chiquillería cuyas voces i gritos sobresalen por encima de las notas agudas del clarinete.

Al oir aquel ruido, parecióle a Gabriel que despertaba de un profundo sueño. Animáronse con una llama fugaz sus pupilas i su marchito semblante se coloreó débilmente. En un momento, se halló trasportado a los tiempos no mui lejanos en que él tambien corria tras de los payasos; i, el cuadro de su feliz hogar, con sus cariñosos padres i sus graciosas hermanas, presentándosele vívido i tanjible, evocó en su espíritu un enjambre de recuerdos que le traspasaron el corazon como otros tantos puñales.

Una niebla densa empañó sus ojos, i, apretando con fuerza las mandíbulas para ahogar un jemido pronto a escapársele, se tendió boca abajo en el duro suelo. Con la frente apoyada en los cruzados brazos i el cuerpecillo ríjido estendido en el pavimento, hacia esfuerzos sobrehumanos para reprimir los sollozos que, en oleadas incontenibles, pugnaban por romper la barrera que les oponian los convulsos labios.

Un paso callado resonó en el corredor, i casi al mismo tiempo, una voz femenina profirió colérica:

—¡Mira, tú te has propuesto quemarme la sangre. Ya es hora de almorzar i todavía no está puesta la mesa! ¿Qué haces aquí botado en el suelo?

Gabriel, que se habia incorporado rápido, con el semblante enrojecido, inundado de lágrimas, se volvió hácia la puerta i, al ver la amenazadora figura del ama de pié en el dintel, cojió presuroso el cepillo i la tiza, i con los ojos bajos reanudó en silencio la tarea.

Nuevamente la voz resonó furiosa:

—¿Qué no oyes, bribonazo, lo que te pregunto? ¿Por qué llorabas? Dí; responde.

Un vivo rubor cubrió las mejillas del pequeño i con voz trémula balbuceó suave i dolorosamente, sin alzar la vista del suelo:

—No sé, ama señora; tenia pena.

—¡Ah! con que tenias pena! i por eso el fuego está casi apagado i el servicio a medio limpiar. I acentuando la ironía burlona de sus palabras, la dama prosiguió: Para esa pícara pena ando trayendo aquí un remedio santo, infalible. En un Jesus, vas a sanar de la enfermedad.

I diciendo i haciendo, sacó de debajo del delantal un pesado chicote i con la soltura i el garbo de una añeja práctica, lo enarboló por encima de su cabeza.

Pero el ruido de un aldabonazo en la puerta de calle detuvo en el aire la diestra flajeladora. Precipitadamente el ama volvió las disciplinas a su sitio bajo el delantal, i abandonó la cocina, murmurando entre dientes con reconcentrada ira:

—¡Espera, ya me las pagarás!

* * *

En el pequeño comedor, sentada a la cabecera de la mesa, doña Benigna, teniendo a su derecha a su vecina i comadre doña Encarnacion Retamales i, a su izquierda, a su anciano tio, un solteron de humor agrio i displicente, hace con amabilidad los honores de dueña de casa. Su voz melosa tiene inflexiones acariciantes cuando se dirije a Gabriel que va i viene trayendo los manjares.

Esta simulacion no engaña al huérfano, que sabe demasiado que tales blanduras le serán descontadas mas tarde con creces por el implacable chicote. Con los brazos arremangados i un blanco delantal anudado al cuello, se desliza, con los piés descalzos, sin el menor ruido en torno de la mesa.

El ama, vestida con su invariable traje de merino negro, peinada i acicalada con esmero, muéstrase alegre i decidora en tanto que doña Encarnacion, menuda i regordeta, embutida en un pomposo vestido de colores vivos i chillones, apénas habla, mui inquieta con el indócil resorte de su dentadura postiza que se obstina en jugarle una mala pasada. El anciano, grueso, corpulento, de ancho rostro abotagado i purpúreo, come parcamente con gran disgusto de su sobrina que le reconviene con voz melíflua:

—¡Vaya, qué desganado está hoi, tio; apénas prueba lo que le sirvo. Gabriel, hijito, no se quede dormido, quite estos platos.

Por las ventanas que dan al patio penetra a raudales la luz del medio dia, i en la pieza la atmósfera impregnada del olor de las viandas es calurosa, sofocante.

Terminado el almuerzo, i habiéndose ido el anciano a dormir su acostumbrada siesta, doña Benigna i su comadre pusierónse a charlar de sobremesa, esplotando, con sabia erudiccion, el tema inagotable de la chismografía provinciana.

Cuando el pequeño, despues de alzar el mantel se hubo marchado a la cocina, doña Encarnacion preguntó con indiferencia:

—¿Qué es lo que tiene este niño? Anda tan encojido, tan callado. ¿Estará enfermo, comadre?

Doña Benigna respondió con viveza:

—No, no está enfermo. Es que denantes lo reprendí, i, como tiene tan mal carácter , todavía le dura la taima. I, cambiando súbitamente de tono, agregó, lanzando un profundo suspiro:

—¡Ah, no se imajina Ud lo que me hace sufrir este chiquillo! En el poco tiempo que lo tengo en casa me ha hecho salir canas verdes...

Doña Encarnacion la interrumpió silenciosa:

—Pesada cruz es hacerse cargo de hijos ajenos. Tambien a mi me hablaron para que adoptase a una de las mujercitas hermana de este niño. Ahora me alegro de no haberme dejado convencer, porque me habria pasado lo que a Ud., comadre. A estas criaturas les viene esa soberbia de familia. El padre era una pólvora. ¡Pobrecito! Dios lo tenga en su santa guarda; pero creo, i él me perdone, que educó mui mal a sus hijos. Los tenia tan regalones i consentidos que, segun dicen, no les pegó nunca. Yo, en su lugar, llevaria a este niño a la Casa de Huérfanos, porque ¿qué

obligacion tiene Ud. de atormentarse por una persona que no es de su sangre?

—Es que prometí enseñarlo i educarlo, i yo soi esclava de mi palabra. A la verdad, una no tiene peor enemigo que su buen corazon.

Al pronunciar la última frase, doña Benigna sintió que un nudo le oprimía la garganta, i, esperimentando de pronto la necesidad imperiosa de ser compadecida i consolada, pintó con los mas negros colores el cuadro de su vida, cruelmente amargada con la conducta de la perversa criatura que en mala hora acojió en su hogar. Minuciosamente relató las contrariedades que ese monstruo de ingratitud le proporcionaba con su rebeldía i soberbia en cada minuto de su existencia. Desmañado i torpe, todo lo hacia al reves: rompia la vajilla, salaba la sopa, ahumaba la leche i confundia las cosas mas simples. Al principio cuando lo recojió, la habia hecho pasar muchas vergüenzas, diciéndole, delante de las visitas, *mamá* en vez de *ama señora,* como se lo tenia mandado espresa i terminantemente.

Estaba siempre atrasado en el almuerzo, en la comida, en el aseo de las piezas. De noche era un triunfo conseguir que no se durmiese ántes de las once, hora en que el anciano tio acostumbraba recojerse, i, como el pobrecito, gracias a su reumatismo no podia desvestirse solo, necesitaba forzosamente de la ayuda del huérfano que cumplia esta obligacion de malísima gana. I, así como era menester apelar al chicote para mantenerlo despierto pasadas las oraciones, no era ménos reñida la pelea que habia que librar por la mañana para que se levantase a encender fuego i preparar el desayuno. En fin, segun la desconsolada dama, no era una calamidad sino una plaga de calamidades la que se le habia metido en casa con el muchacho. I eso que ella, como buena enseñadora, no le dejaba pasar ninguna... Cometida la falta, castigábala incontinenti; mas era tal la soberbia de que hacia alarde el terco incorrejible, que muchas veces lo habia azotado con todas sus fuerzas sin lograr que exhalase un ¡ai! ni una queja. A cada golpe, se iba poniendo mas i mas pálido, hasta quedarse blanco como un papel. I eso era todo ¡Criatura mas emperrada no habia visto ni esperaba ver otra igual en el resto de su vida!

Doña Encarnacion, con las gruesas mejillas arreboladas i los ojos húmedos por la emocion que le producia el inmerecido infortunio de su queridísima vecina i comadre, interrumpíala a cada instante para decir, entre ahogadas esclamaciones de estupor i cólera:

—¡Jesus, qué pícaro! En mis manos, hijita, habia de caer!

I cuando doña Benigna hubo concluido, la abrazó efusivamente, susurrándole entre besos i lágrimas:

—¡Qué paciencia de santa! Voi a rezarle a la Vírjen para que los ánjeles le alivianen esta cruz, pobrecita mártir!

* * *

En la cocina se ve a Gabriel ir i venir con sus pasos menudos i silenciosos. Las paredes ennegrecidas de hollin, subrayan la anémica palidez de aquel rostro, del cual desaparecieran hace tiempo las rosas de la alegría i la salud.

Aunque su estatura—tiene doce años—es inferior a la que corresponde a un niño de desarrollo normal, el conjunto de su cuerpo es armonioso i todo él predispone desde el primer instante en su favor.

Sin embargo, hai algo que choca en este semblante de espresion tan suave, tímida i dulce. Los ojos pardos, agrandados por azuladas ojeras, tienen un mirar medroso, azorado, inquieto. I de su faz infantil, de sus apagadas pupilas, de su boca sin sonrisas, parece exhalarse perennemente una callada protesta, un llamamiento mudo i desesperado de socorro que nadie oye i que no llega nunca.

El barrido i limpieza del piso i el aseo de la vajilla han concluido. Sobre una tabla adosada al muro la batería de cocina destácase bruñida i reluciente, i las pirámides de platos lucen sobre la mesa su inmaculada blancura.

El pequeño, despues de pasear una mirada por todos los rincones para ver si todo está en órden, coje de encima de la mesa un trozo de jabon i una jofaina i sale al patio, en el cual, frente a la puerta, hai una enorme cuba llena de agua. Estrae una cantidad del líquido i, arrodillándose en el suelo, procede a lavarse manos i rostro.

Al lado de la cocina, que es la última de la serie, hai una fila de pequeñas habitaciones i, en ángulo recto con éstas, dos salas i un pasadizo que dan a la calle. Un corredor con baldosas de ladrillo rojo rodea en toda su estension el edificio bastante antiguo i deteriorado por el tiempo.

Es la hora de la siesta i el hermoso sol de Diciembre ilumina el patio con su blanca i cegadora luz.

Sentado en el corredor, con las manos en las rodillas i apoyado el busto en uno de los pilares, Gabriel recibe la ardiente caricia del astro, quieto e inmóvil, como el poste que le sirve de sosten.

Su cabeza rapada, sus piés desnudos i el traje de burda tela que viste, demuestran a las claras la especie de servidumbre a que está sujeto.

Ningun ruido viene de afuera a turbar la serena paz de este apacible rincon. Sólo el zumbido de alguna abeja o de una libélula, al alzar el vuelo desde el pequeño jardinillo, en el centro del patio, interrumpe, de cuando en cuando, este silencioso recojimiento.

Poco a poco, bajo la influencia enervadora del ambiente, los ojos del

pequeño, que contemplaban absorto con nostaljias de ave enjaulada el anchuroso espacio del cielo, comenzaron a entornarse. Sobrecojido de sueño, los párpados, arrastrados por el peso de las largas pestañas, fueron cayendo lentamente sobre las oscuras pupilas hasta cubrirlas por completo.

De pronto, en el interior de una de las piezas, una voz aguda profirió imperiosa:

—¡Gabriel!

Un estremecimiento sacudió al dormido; sus ojos pugnaron por abrirse; pero continuó inmóvil.

—¡Gabriel! repite de nuevo la voz con acento de impaciencia i cólera.

Esta vez el pequeño despierta sobresaltado, se levanta de un brinco i corre presuroso al dormitorio de doña Benigna.

Delante de un peinador con cubierta de marmol, el ama está terminando su minucioso tocado. Su rostro, que refleja la luna del espejo, ostenta un marcado sello de dureza e impasibilidad. El cútis mui blanco, aparece ajado i lleno de manchas i, bajo las escasas cejas, los ojos pardos, pequeños, brillan penetrantes, frios i escudriñadores. La barbilla saliente, la boca grande, de labios delgados, i la aguileña nariz, acentúan en su fisonomía los rasgos de un carácter imperioso e irritable.

A pesar de que ha pasado de los cuarenta años, en sus negros i lisos cabellos no blanquea una sola cana. Gruesa, de regular estatura, sus movimientos son vivos, ájiles i revelan gran enerjía i resolucion.

Viuda a los treinta años, sin hijos, mui devota, jamas la infancia ha despertado en ella simpatía alguna a pesar de lo cual goza en el pueblo de una reputacion de amiga de la niñez, que la enorgullece en estremo.

Miéntras estiende por sus mejillas una fina capa de colorete, no cesa de regañar al huérfano que, tímido i cohibido, permanece silencioso en el umbral de la puerta.

—¡No he visto sordera como la tuya; cada vez que te llamo, casi echo abajo la casa a gritos. Un dia agarro el pica-fuego de la chimenea i te agujereo esas orejas de paila que tienes!

En el dormitorio, ademas del peinador i del lecho, un amplio catre de hierro con adornos de bronce, hai una cómoda con enchapaduras i un ropero de nogal. Una vieja alfombra de matices descoloridos cubre el piso i, en los muros, tapizados de papel azul celeste, se ven numerosas imájenes de santos. A la cabecera del lecho, i encima de la fotografia del difunto esposo, cuelga pendiente de un clavo, un pequeño crucifijo de marfil.

Doña Benigna miéntras arregla los pliegues del manto delante del espejo, instruye a Gabriel sobre lo que debe hacer durante su ausencia.

—Oye, escucha bien lo que te voi a decir. Despues que hayas tendido as camas i arreglado los dormitorios, barres las piezas, el comedor i el

patio. En seguida, te pones a partir leña i a acarrear agua del pozo para cambiar la de la vasija, llenándola bien a fin de que no se reseque con el sol. A las cuatro, prendes fuego en la cocina i pones a calentar agua en la tetera i en la cacerola grande. Despues pelas las papas i tuestas un poco de café para la comida. Ya sabes que el tio es mui delicado i exijente. No lo vayas, pues a quemar como el otro dia. ¿Has entendido lo que te he dicho?

—Sí, ama señora.

Antes de salir, echó la dama una última mirada al espejo; i, despues de contemplarse de frente i de perfil, abandonó el cuarto i se encaminó hacia el pasadizo.

Ya en el corredor, se detuvo i, tomando una actitud imponente, se dirijió al huérfano con acento conminatorio, remarcando con el índice en alto cada una de sus palabras.

- ¡Cuidadito con que te duermas i dejes de hacer algo de lo que te he mandado! ¡I no me vengas con disculpas: que te faltó el tiempo; que te olvidaste; que te dolia la cabeza! A mí no me la pegas, haciéndote el enfermo. Te aseguro que ni muerto te libras, porque soi capaz de resucitarte a chicotazos. Con que ya sabes; nada de lloriqueos ni disculpas. ¿Has oido?

—Sí, ama señora.

Frente a la mampara se volvió para hacer una última recomendacion:

—Ten cerradas las puertas. No vaya a entrar el gato i rompa alguna copa encima del aparador.

Cuando se hubo apagado el rumor de los pasos en el asfalto de la acera, Gabriel, que estaba en pie, en medio del dormitorio, paseó una mirada en torno, miéntras repasaba mentalmente las órdenes que acababa de recibir. Como el tio estaba tambien ausente, hallábase sólo i prisionero en la casa, porque doña Benigna no se olvidaba jamas, al salir, de echar doble vuelta a la cerradura de la puerta de calle.

Por un instante, el huérfano esperimentó un deseo irresistible de tenderse en la cama i satisfacer aquella imperiosa necesidad de sueño que lo atormentaba. Pero, la vista de las disciplinas, tiradas sobre la alfombra, le dió fuerzas para vencer la peligrosa tentacion.

Con semblante resignado, se dirijió a la puerta situada a su derecha i penetró al dormitorio del anciano. La habitacion estaba mui oscura i apénas se distinguia la imprecisa silueta del lecho, colocado en el centro del cuarto. El pequeño, que habia cerrado tras sí la puerta, avanzó a tientas hácia una de las ventanas i entreabrió uno de los cerrados postigos, apartando a un lado la cortina.

Una viva claridad inundó la pieza, cuyo mobiliario se componia de un ropero, de un lavabo, de un velador i de un raido i ámplio sillon de

marioquí negro. El pavimento de álamo con guardapolvos de raulí, era mui viejo i estaba agujereado en parte por los ratones.

Gabriel, semi-oculto por los maderos, mira con atencion, a traves de los cristales, la angosta i desierta callejuela. En la acera del frente, en una casa de modesta apariencia, por el hueco de una ventana cuyos bastidores están abiertos, se ve el interior de una pequeña sala en el fondo de la cual se distingue un lecho con colgaduras color de rosa.

Por algunos minutos, él no separó su vista de la solitaria habitacion, hasta que, haciendo un visible esfuerzo, se apartó de la ventana para comenzar la tarea de arreglar el lecho, poniendo en órden sábanas i cobertores con femenil prolijidad.

Cuando hubo concluido, fatigado por el esfuerzo, se apoyó en el borde de la cama i, con los brazos caidos i la cabeza un tanto inclinada, quedóse inmóvil en actitud meditabunda.

Poco a poco su rostro, que reflejaba sus pensamientos, fué adquiriendo una dolorosa espresion de amargura. Los tenaces recuerdos del pasado volvian a asaltarle, mostrándole por el contraste de ayer cuán penoso es el presente i que sombrío el porvenir.

De nuevo, desfilaron por su cerebro, en procesion interminable, los dias felices en el hogar i en la escuela, i los de luto i dolor que les siguieron: la trájica muerte del padre, víctima de un accidente en su taller de mecánica, i el fallecimiento de la madre que, incapaz de soportar las fatigas de un trabajo excesivo, iba a reunirse al amado esposo en el camposanto dos meses despues.

Gabriel parece complacerse en evocar éstos crueles sucesos, desmenuzando sus menores detalles. Nada olvida; pasa de un hecho a otro sin detenerse, hasta que el recuerdo de sus hermanas jemelas se fijó en su imajinacion. Dos años menores que él, mui vivas i graciosas, las pequeñuelas se le aparecieron en ese instante tales como las viera seis meses atras.

I, de repente, la escena de la separacion surjió en su espíritu, produciéndole una sensacion tan aguda de dolor que, para huyentarla, reunió todas las enerjías de su voluntad. Pero, a pesar de sus esfuerzos, la vision se precisó de tal modo en su cerebro, que le fué imposible alejar de su memoria el mas insignificante detalle.

...¡Con qué desesperados clamores se abrazaron a su cuello las pequeñas, cuando el tutor nombrado por el juez quiso llevarlas hasta el coche que esperaba a la puerta de la casa mortuoria! Aun le parecia oir sus lamentos i sus desgarradores gritos, al arrancarlos aquél, por la fuerza, de sus brazos, i ver todavía sus caritas convulsas i despavoridas asomadas a la portezuela del carruaje, llamándole frenéticas: ¡Gabriel!, no nos dejes; ven, Gabriel!

Lanzó un sordo jemido, i en un acceso de desesperacion se dejó caer de bruces en el lecho, ocultándo en las ropas el rostro bañado en lágrimas i murmurando calladamente entre sollozos:

—Papá, papacito, por qué te has muerto! Mamá, ¡dónde estás!

De pronto, se incorporó para mirar un objeto suspendido en la pared, encima del velador.

Despues de contemplarlo con atencion un instante, apartó de él los llorosos ojos, desalentado. ¡Nó, nunca se atreveria! I al recordar los detalles de su primera tentativa, se acentuó en él esta conviccion.

Al apoderarse aquella vez del arma, estrayéndola de su estuche de cuero, habia obedecido a uno de esos impulsos ciegos e inconscientes que le acometian a veces en sus horas de soledad. Con la angustia del náufrago que se toma de un hierro ardiendo, habia él cojido el revólvers i apoyado por dos veces la boca del cañon en sus sienes. Recordaba cómo sintiera ceder el gatillo bajo la presion de sus dedos; pero, cuando un pequeñísimo esfuerzo mas iba a dejar partir el tiro, una sensacion que no podia precisar habia paralizado repentinamente sus músculos. No era el temor a la tortura física, ni a la muerte, sino el miedo a la detonacion lo que lo habia acobardado. ¡Ah! si el tiro partiese sin estruendo, si la bala penetrara silenciosa en su carne, ninguna reflexion lo habria detenido, estaba de ello seguro.

¡I cómo le seria dulce morir! ¡Era tan desgraciado! ¡Estaba tan solo, tan indefenso contra los crueles rigores del destino! ¡I nunca un rostro amigo, una voz amable, una mirada compasiva que lo confortara i le diera ánimos para ascender el interminable calvario!

¡Ah, si no hubiese aparecido ella, a pesar de su repugnancia, habria intentado nuevamente acabar de una vez i para siempre una existencia tan misérrima!

Érale inolvidable, pues, aquel instante cuando, al pasar frente a esa ventana, oyó que álguien proferia en el interior con acento dulcísimo:

—¡Pobrecito, tanto que le pegan!

Alzó la cara i entrevió un níveo rostro i en él dos ojos azules que le miraban con tierna conmiseracion.

Aquella, para él, aparicion divina, fué como un rayo de luz en las tinieblas de su desesperanza; pero, como salia poco, veíala raramente i, cada vez que esto acontecia, era presa de una turbacion estraña. Una mezcla de goce, de temor i de vergüenza inesplicables, le embargaba el ánimo i su timidez era tal, que un dia, al encontrarla en la calle, estuvo a punto de soltar la garrafa de vino que traia en la mano. Un rubor ardiente le abrasó el rostro i, horrorizado de sí mismo, de su cabeza rapada, de sus piés descalzos i de su vil i sucio traje, regresó a casa con la desolacion en el alma.

Pronto tuvo la seguridad absoluta de que ella era tambien desgraciada i que, como él, estaba solita en el mundo, sin padres, sin parientes, sin hermanos. Bien a las claras lo decia la espresion melancólica de su semblante, el luto de su traje i aquella cancion tan triste que entonaba a veces i cuya melodía se aprendiera él de memoria.

Si, él no era el solo, el único. Allí, a pocos pasos, habia álguien que sufria tambien de su mismo mal, i padecia idéntico martirio.

I este vínculo que la desgracia atara entre ámbos, erále tan precioso que su solo recuerdo bastábale a veces para hacerle olvidar por un instante sus acerbas tribulaciones.

A este sentimiento egoista, agregábanse tambien otros bien contradictorios i cuya esencia era incapaz de comprender. Una tarde en que le pareció advertir que ella fijaba sus ojos en un muchacho de la vecindad, sintió que le traspasaba el corazon un dolor agudísimo i de naturaleza tan rara, que se llenó de confusion al querer analizar el estraño fenómeno.

Su mayor placer era contemplarla desde allí, sin que ella se apercibiera a traves de los cristales, apartándose bruscamente i cerrando el postigo cuando las azules pupilas se fijaban en esa direccion.

Miéntras Gabriel atisba detrás de los maderos el cuarto de su vecina, aparece de pronto en él una graciosa figura.

Es una jovencita de catorce a quince años, vestida con un modesto i elegante traje de cachemira negra. En su rostro de vírjen, de líneas purísimas, hai una espresion dulce i serena, sin asomos de melancolía. Rubia, esbelta, de tez de nácar, con ojos azules hermosísimos, aparece ante Gabriel, que la mira estático, como una de esas princesas encantadas de que hablan las historias maravillosas de jenios i nigromantes.

Apoyada en el balcon, mira distraida la solitaria callejuela, cuando, de pronto, un rubio muchacho con aspecto de estudiante en vacaciones, aparece de improviso a su espalda i, cojiéndola por la cintura, la alza del suelo i emprende una série de jiros i saltos por la habitacion. Ella grita i rie hasta derramar lágrimas i cuando, por fin, logra desacirse, toma, a su vez, la ofensiva, enlazando con sus níveos brazos el cuello del agresor. El resiste como puede las sacudidas de ese cuerpo que se enrosca al suyo i ámbos rien como locos.

De súbito, la jentil pujilista cesa en sus juegos i dice a su hermano con tono de alarma:

—Pedro ¿has oido?

—Sí; parece una puerta que el viento cerró de golpe.

* * *

Lo primero que llamó la atencion de doña Benigna al regresar a su morada, fué el gran silencio que reinaba en la casa i sobre todo en la cocina. Entró en esta última i su sorpresa, al ver el fuego totalmente apagado, no tuvo límites; pero, mui pronto, el asombro cedió el campo a la cólera, que se despertó en ella iracunda. Salió al patio i gritó temblorosa de ira:

—¡Gabriel ¿dónde estás? Gabriel!

Bruscamente se calló i se dirijió en silencio al cuarto del huérfano. Una idea repentina habia iluminado su cerebro: El mui flojo, pensó, se ha recostado en la cama i se ha quedado dormido.

Mas, una nueva contrariedad le aguardaba allí, pues el cuarto estaba vacío. Marchó, entónces, hácia el comedor i, al cruzar esta pieza, vio con creciente indignacion que no se habia hecho en ella el aseo de costumbre. Pero, donde su coraje alcanzó el máximum fué al contemplar el desarreglo de su dormitorio. Sus coléricas miradas tropezaron con el chicote, del que se apoderó al punto, encaminándose con él en la diestra a la habitacion del tio. Al abrir la puerta, era tal su obsesion de sorprender infraganti al delincuente, que apénas hizo hincapié en el acre olor que de la sala se desprendia.

Su primera mirada fué para la cama, posándose, en seguida, sus ojos en el sillon en el cual se destacaba, sumida en la vaga penumbra, la silueta del durmiente. Avanzó hácia él en puntillas i, cuando estuvo a su lado, descargó sobre la inmóvil figura una lluvia de furiosos chicotazos, miéntras vociferaba frenética:

—¡Toma, pícaro, flojonazo, bribon!

De repente, su brazo se detuvo en seco: algo líquido que destilaban las disciplinas le habia salpicado el rostro i, dando un paso hácia la ventana, abrió los postigos con violencia.

Junto con la claridad que inundó la sala, el semblante de doña Benigna se trasformó en la imájen fidelísima del espanto. Sus ojos se abrieron desmesuradamente; flaquearon sus rodillas; la sangre se agolpó al cerebro i, resbalando en algo viscoso, cayó desvanecida en el pavimento.

* * *

Minutos despues, un gato de blanco i lustroso pelaje avanza silencioso hácia ese punto del dormitorio i se detiene ante algo húmedo que hai en el piso. Observa atentamente el obstáculo, aproxima a él sus rosadas naricillas i, de súbito, con la irrespetuosidad que caracteriza a los de su raza,

salta sobre la espalda inerte de su dueña i de ahí a la repisa de la ventana, donde se arrellena muellemente junto a los cristales.

De vez en cuando, con espresion irónica i desdeñosa, fija sus verdes pupilas en aquel niño de rostro de cera, con la cabeza reclinada en un ángulo del sillon en que está sentado, i en el cuerpo informe i voluminoso del ama, echada de bruces en el suelo, con las rojas disciplinas en la diestra i la cabeza entre esos pies desnudos, que cuelgan blancos, ríjidos, i debajo de los cuales se estiende un ancho tapiz de púrpura.

Miguel de Unamuno

De Miguel de Unamuno

.....

(1) Llevo ya mas de ciento i espero publicarlos pronto en un tomo que se titulará *Centena larga de sonetos líricos.*

.....

Sobre el estilo pienso escribir de largo i demostrar que a muchos la música esterior les impide oir la interior. I aun respecto a aquélla, su oido se complace en armonías muelles i mui simples; no han llegado a apreciar el valor sinfónico de las disonancias. Yo, por temperamento, tengo una cierta aversion a las curvas i cuando algo me sale redondeado lo quebranto para darle esquina, sin que por ello censure a los que redondean los ángulos. Pero me parece que aquí i ahí se abusa de las redondeces i blandenguerías, sobre todo por esos efebos que se desayunan a las 3 de la tarde con sopas de lilas en ajenjo.

.....

I ahora voi a su última carta. Desde luego, cuenten ustedes con mi colaboracion para su revista. Basta que sea cosa de Prado i de usted. Uno de estos dias escojeré alguna de mis poesías inéditas i con ella le enviaré dos o tres sonetos. I por de pronto ahí va éste, que hice ayer:

A Nietzsche

Al no poder ser Cristo, maldijiste
de Cristo, el sobre-hombre en arquetipo;
hambre de eternidad fué todo el hipo
de tu pobre alma, hasta la muerte triste.
A tu aquejado corazon le diste
la *vuelta eterna*, así queriendo el cipo
de ultratumba romper ¡oh nuevo Edipo
víctima de la Esfinje a que creiste
vencer! Sintiéndote por dentro esclavo
dominacion cantaste, i fué lamento
lo que a risa sonó de leon bravo;
luchaste con el hado en turbulento
querer durar, para morir al cabo
libre de la razon, nuestro tormento.

Salamanca, 18, XI, 10.

---

(1) Carta, a E. A. Guzman, de 19, XI, 10.

De PEDRO PRADO

Ensayo sobre la poesía

(Lo que va a leerse es sólo una parte del «Ensayo sobre la poesía», que publicaré en breve conjuntamente con varios otros. Comenzaré el volúmen que anuncio con un «Ensayo sobre la armonía» (armonía en el sentido total de la palabra), que será un preliminar obligado a una justa apreciacion de los siguientes. Para mayor claridad de este fragmento, compendio, al final, mui brevemente, algunos de los conceptos desarrollados en el estudio de la armonía).

Siguiendo un órden que podrá no parecer el mas lójico, principiaremos por hacer algunas consideraciones sobre los procedimientos usados en la esteriorizacion de las sensaciones, sentimientos i pensamientos poéticos.

Nos vemos, pues, obligados a considerar el lenguaje.

Elaborándose en un individuo todo proceso psíquico de una manera oculta, él queda ignorado para los demas, salvo lo que puede revelar la actitud particular que asuma i los visajes de la mímica. Indicios demasiado vagos i espuestos a error.

Esta incapacidad de percepcion entre sí de sus variados estados mentales, llevó a los hombres a procurarse un instrumento que les permitiera, no el percibir los ajenos, que esto aun es imposible, sino la facultad de poder revelar los propios. Estriba la base de este instrumento en convenciones establecidas entre grupos de hombres, dando lugar, cada una de ellas, a diversos idiomas i dialectos. Como todo instrumento de necesidad imperiosa en la vida social (el mas importante de todos), ha sufrido, sufre i sufrirá modificaciones i agregados que le hagan cada vez mas útil.

El lenguaje articulado es, entónces, una convencion. Así el valor de cada uno de sus términos depende del valor con el que se les haya revestido. I aun cuando algunos de nuestros procesos psíquicos parecen manifestársenos elaborándose en forma de palabras, en realidad ninguno puede estar formado por lo que sólo es su imperfecta representacion esquemática.

Este engaño se debe a la reaccion que un hábito cualquiera produce sobre aquél que lo posee. Las palabras, haciendo una mala comparacion, son lo que las monedas. Estas serán oro, plata, cobre; pero pueden representar, merced a otro convenio, los mas variados objetos. Por aquella reaccion de que hablábamos, el hombre de negocios sufre el lamentable i pernicioso engaño de no ver las cosas sino traducidas a su valor comercial. Pierden ellas, de esta manera, su significado; i la vida i el mundo se estrechan i se reducen.

Aunque es mas difícil de percibirlo, sucede tambien que el abuso del lenguaje, por el mérito propio que se le asigna, con olvido de su carácter convencional, trae consigo una limitacion comprensiva de ciertas fases de la propia vida psíquica.

Las palabras son únicamente un modo parcial de espresion, el mas perfeccionado; pero no perfecto. Las palabras, ademas, no poseen las representaciones estrictas que les asignan los diccionarios. Tomadas separadamente, i ríjidas en los caractéres tipográficos, sí; pero basta que hablemos en voz alta para considerar que el lenguaje articulado es un conjunto de significados que reaccionan unos sobre los otros, determinando la inflexion necesaria a cada término. I bien unos mismos de ellos se espresen rotunda o lijeramente, graves o agudos, pausados o de una manera atropellada, el significado i el valor de lo que se nos dice varia de un modo tan estraordinario, que es posible hacer comprender con una frase (ironía) el significado opuesto que le asignaria el diccionario al descomponerla.

Como todo el mundo lo dice, la poesía es un algo aparte de su ropaje comun, el verso.

Sin embargo, veamos qué cualidades encierra este modo especial de espresion.

Todas las formas métricas reposan en una inflexion determinada. Bien se trate de los versos llamados libres (en realidad libres sólo de la rima) o de cualquiera otro, todos poseen una cadencia precisa i repetida merced a la distribucion regular de los acentos.

La poesía, al vaciarse en un verso cualquiera, lleva, pues, de antemano, precisos no solamente el significado de las palabras, sino su infleccion i su cadencia; sufriendo variaciones sólo de grado en boca de las diversas personas que emprendan la lectura.

Vemos, así, que la poesía, aparte de su valor intrínsico, posee, al vaciarse en una forma métrica, la cualidad, no despreciable, de una determinacion que la hace mas sustancial. En un libro de versos, los caracteres i las disposiciones respectivas de los renglones cortos, al relatarnos cualquiera cosa, nos lo dicen en un tono preciso i no en otro. La poesía vaciada en forma métrica reune, pues, las propiedades de la palabra viva.

Estando determinados por medios convenidos los dos caracteres principales del lenguaje, ¿han sido ámbos vertidos en conciencia?

Lo que se ha dicho ¿es justamente el vaciado de los pensamientos, sensaciones, sentimientos etc., que fluían borrosos en el estado anterior a la cristalizacion verbal?

Estas cuestiones son dificilísimas de aclarar.

Consideremos, sin embargo, los puntos siguientes:

El establecimiento del ritmo i de la rima trae consigo selecciones entre palabras, cuyo significado es mas o ménos afin. Estas selecciones,

en fuerza del hábito, se hacen cada vez de una manera mas inconciente, pudiendo acontecer, como amenudo sucede, que algunos poetas caigan, por estas causas esternas, en preferencias demasiado marcadas i estrechas por ciertos sistemas de construcciones de frases (ritmo); por ciertos pareados (rima) i en un corto, repetido i especial vocabulario. Se orijina en ellos con facilidad el verbomotorismo.

En buena cuenta, se llama vulgarmente estilo en una composicion escrita en versos corrientes, a lo que no pasa de ser otra cosa que un *modo* formado por una necesidad preestablecida.

Sucede ademas que las palabras a que la rima o el ritmo propuesto nos obligan, despiertan como lo harian otras múltiples asociaciones de ideas; pero con la diferencia que por ser estas, diremos, en cierto modo esteriores al asunto, nos desvian muchas veces de nuestro objetivo. Es el peligro de la insustancialidad a que conduce el usar repetidamente las llamadas palabras evocativas. Aprendizaje fácil de hacer i cuyos resultados alcanzan en cierta literatura española i americana, sobre todo, éxitos pasajeros, que no envidio.

Asombra oir a Hegel proclamar las bondades que trae consigo la dificultad del ritmo i de la rima, a causa de las inesperadas asociaciones de ideas que se desprenden de esa palabra tan fatigosamente obtenida. Existen, agrega, composiciones que no hubiesen sido hechas a no mediar ese obstáculo provechoso. Existen, decimos nosotros, millones de trabajos cuya vida de artificio pueril débese esclusivamente a la lamentable eficacia de ese estimulante.

Ahora, tomando en cuenta la relacion entre el pensamiento que se espresa i el tono total con el que se le viste, no puede ménos de llamar la atencion lo siguiente:

¿Qué diríamos si en una ópera la música que acompañara al libreto, es decir, a cien variadas escenas, no se compusiera nada mas que de una sola melodía repetida imperturbablemente?

Supongamos que fuera agradabilísima al oido. ¿Bastaria ella para satisfacernos? ¿No nos chocaria, sobre todo, la falta de concordancia de su impresion lastimera (por ejemplo) con las escenas que estuviesen mui léjos de serlo?

Pues bien; aunque jamas pretenderé trasladar al verso las cualidades de la música, hago notar que en otra esfera pasa algo semejante entre las formas métricas i los pensamientos que las han llenado.

¿Están ámbos de acuerdo? ¿Fondo i tono forman un todo consecuente i complementario?

El hecho de que se use una combinacion cualquiera con esclusion de otras, o dos, o tres o veinte; pero a su vez en combinacion ríjida, revela que es imposible vestir con ellas pensamientos o situaciones variadas.

Cuántas veces hemos oido: «Fulano no sabe leer versos; en cambio, Mengano los lee admirablemente». ¿Cómo entienden esto de leerlos bien? Pues, cuando se les recita del modo mas inesperado; cuando el ritmo no lo alcanza a percibir el oido. Es decir, lee bien, ejecuta bien, aquél que hace todo lo posible porque el ritmo no aparezca.

Los actores, sobre todo, que representan de vez en cuando algunas piezas teatrales escritas en no importa qué metro, vénse obligados a suprimir toda pausa entre los versos, tal si fuese prosa, i a desvirtuar el ritmo establecido, para ajustar el tono a cada uno de los momentos de la escena.

Sin embargo, para las composiciones breves en jeneral, i para las que cantan algun dolor, se puede encontrar, entre los metros conocidos, alguno cuyo tono corresponda al sentimiento eje de todo el asunto.

Nos atrevemos a decir que esta concordancia ha sido causa, en parte, i no pequeña, de la produccion de poesías sentimentales. Pero aunque así no lo fuere, por producir ellas una impresion de mayor justeza total han contribuido no poco a robustecer la opinion vulgar de que el campo de la poesía es esclusivamente el dolor i hasta, por reaccion, la alegría. Pero un dolor i una alegría de índole principalmente amorosa.

Las discusiones que con frecuencia se producen con motivo de apreciaciones diversas, respecto al metro que deberia haberse usado en tal o cual composicion, comprueban nuestras ideas.

Ademas, poseen una notoria desventaja los ritmos que se adueñan de todo el verso. Hai algo en ellos que ya nos es conocido. Algo que se nos hace presente ántes de que aparezca en realidad. I sucede a menudo que la conciencia que tenemos de conocer ya parte de la poesía ántes de leerla (el tono), nos priva de la sensacion de novedad. Sucede en esto lo que en el baile. El ciclo de la armonía o armonías que se repiten de una manera contínua con simples cambios de grado, son los que hacen posibles llevar el compas i preveer el movimiento que viene, evitando así todo entorpecimiento en la danza. Esto, que está mui bien en los bailes, no tiene razon de ser en la poesía.

I una postrera observacion.

Habiendo pertenecido un tono esclusivo a cientos de poesías que conocemos, aquello tiene que producirnos cansancio. La monotonía abruma, i yo la odio porque me ha privado de leer tantos i tantos poemas famosos

Existe la creencia errónea de que con los sistemas hasta el dia inventados, puede decirse todo lo que se guste i que, por lo tanto, no se ve la necesidad de andar quebrándose la cabeza para inventar nuevos.

I en esto último tienen razon. ¿Qué mas agrega el poseer uno, dos o diez nuevos sistemas? Si el círculo en que nos encerramos crece en uno, dos o diez metros ¿puede decirse que poseemos mas libertad? La libertad

no es una cosa a medias, como no es la salud. Cuando no se está sano del todo se está enfermo i con trabas no existe nada libre.

Causa verdadera admiracion ¡desconsoladora admiracion! el oir a tal o cual poeta la defensa que prepara al uso que ha hecho de una u otra estrofa arcaica o moderna. Fulano dice (aquí otro nombre glorioso) la ha usado tambien. Este sistema de pases libres a determinadas formas, no puede ménos de hacernos sonreir.

I volviendo a aquello de que con los sistemas hasta el dia inventados puede decirse todo lo que se quiera, diré que quien lo afirma ignora el alcance posible de lo espresable por medio de un idioma.

Hai algo que está sobre las palabras i es su modulacion. Ella es una otra ayuda que el hombre utiliza al esforzarse por salir lo mas entero posible del retiro de soledad que le forma su cuerpo i confundir su espíritu con el de los demas.

I si los versos son capaces de guardar la inflexion ¿por qué no utilizarla con toda la honradez posible?

El ritmo está mui léjos de ser una continjencia de órden inferior.

Pero, se me dirá, vuestro sistema es mui complicado; en vez de simplificar las cosas no haceis nada mas que agregar obstáculos. ¿Cómo vamos a saber ahora el tono exacto que necesitamos? Es mas sencillo seguir los caminos trazados.

¿Mas sencillo decís? ¿Qué entendeis por sencillez? Estimais que lo sencillo se reduce a hacer lo que los demas hacen i os equivocais. Eso será lo mas cómodo; pero no lo mas apropiado, ni lo mas sencillo.

La sencillez tiene para vosotros el valor que le asignan los preceptos de la literatura. Allí el estilo sencillo es aquél mas simple; i bien, si vuestro sér es complicado, si vuestro pensamiento es como una rama de zarza a todas las otras ramas engarzado, vuestra sencillez, la vuestra, está en mostraros como sois. Seria una complicacion mayor que el quedaros al natural el trabajo gastado en desposeeros de la complicacion que ya teneis. En grave error se cae al tomar una cosa en sentido jeneral para determinar un camino particular. *Mi sencillez* acaso resida en no tener *la sencillez*.

I respecto a aquello de saber el tono exacto, os puedo decir que los pensamientos vienen a la vida como los hombres; el alma que acompaña a éstos es en aquellos un agrupamiento de palabras inamovible i un tono preciso. Si no dais con ellos no pensais con justeza.

Vaz Ferreira en una hermosa «reaccion», como él la llama, «Leyendo a Verlaine» dice mas o ménos: lo que mas admiro en esta poesía es el psiqueo fluído que aquí se percibe por encima de las palabras, gracias al tono usado i a ciertas inesperadas agrupaciones.

Pero, aquí, una observacion. Cuando esa parte complementaria de la

espresion, esa presencia aprovechable de psiqueo fluído, como él la llama, se hace estribar en cosas cada vez mas sutiles, que requieren un refinamiento perceptivo estraordinario, cabe naturalmente hacerse una pregunta. Aquella espresion super-verbal, en qué estriba. Estriba en las palabras escojidas, en sus agrupaciones, en el tono, en todo en realidad; en las múltiples reacciones que se orijinan i se entrecruzan.

¿Estas reacciones suprasensibles que el lector esperimenta, son las mismas que nos quiso regalar el poeta? ¿Existe entre ellas sólo una diferencia de intensidad, siendo uno mismo el fondo?

Se efectúa este fenómeno en un sitio difícil a las averiguaciones exactas. A pesar de ello, conviene pensar que, cuando la emocion se produce por accidentes tan imprecisos, cuando las sensaciones de vaguedad i de misterio son las que predominan, puede anticiparse que en campos tan estensos como ellos, la reaccion es personal, como no podia ménos de serlo; pero personal en el sentido de único, de aparte, de especial, de distinto.

De manera que en ellas, mas que en ninguna otra, casi todo depende de la psicolojía del lector. En realidad, lo que mas a menudo sucede es que éste se hace poeta, comentando una vaguedad que, como toda cosa incierta, puede dar, aunque darlos no, puede ser causa de los mas variados jugos.

Envuelto en las sombras de la noche, cada hombre es capaz de encarnar en ellas una fantasía diversa. I no son mas que sombras lo que a veces se nos regala!

Los metros i las combinaciones inventadas hasta la época presente, tienen en realidad música; pero una armonía aparte, solitaria, como la orquesta que acompaña una comida i que se hace sensible cuando dejamos de oirla.

Me tachan algunos de no comprender la armonía, i otros, de un ansia de orijinalidad que me ciega.

A los primeros contesto que son ellos los que no comprenden la armonía.

Necesidad tuviera de entrar en largas disertaciones para hacer evidentes algunas verdades que se escapan a todos.

El concepto de armonía, en su sentido mas jeneral, i considerando sus manifestaciones en arquitectura, en pintnra, en música, en la vida diaria, nos hace comprender que es armónico aquello que podemos asimilar a nuestros gustos, aquello a que estamos habituados o a lo que es posible habituarse.

De manera que la armonía no es una lei o un conjunto de leyes; nó. Es algo que no es aparte de nosotros; es la actitud resultante de nuestro sér ante determinados asuntos. Es, en buena cuenta, una de las manifestaciones de nuestra reaccion personal.

Sin embargo, podemos fijar límites fuera de los cuales toda armonía es imposible. Así sucederá cuando se contrarien para distintos casos determinadas leyes físicas, o el proceso de recepcion en nuestros sentidos de los hechos esternos.

* * *

Lo primero que emprendí ántes de comenzar esta crítica, fué la discusion de mis puntos de vista i de mis considerandos; es decir, hice la crítica de mi mismo.

En parte, con disgusto he escrito este ensayo. Prefiero los actos que son la cosa viva, a la palabra que divaga sobre ellos. Pero ¿no son actos tambien las palabras?

Habrá quien considere que a este fragmento no le cae el título de Ensayo sobre la poesia. En un dia de alegre inconciencia nos sorprende un sentimiento de estrañeza i de repulsion, cuando por imprevistas causas consideramos que, en el fondo de nuestra vida fácil, en el interior de nuestro cuerpo sano vive i se ajita la asquerosidad de las estrañas. Igual sensacion me produce el pensar que tantas intensas composiciones poéticas contienen en su urdiembre agregados mezquinos.

Aquella misma persona acaso piense que todo lo dicho es una disertacion inferior. I bien ¿qué es inferior i qué es superior? Diremos así: que un pedazo de pan está por muchos conceptos a una respetable distancia de nuestro sér pensante i bastará, a pesar de eso, que comamos de él para que sea parte de nosotros, nuestro pensamiento mismo acaso. Las cosas mas insignificantes que el hombre consume o en las que medita, se hacen humanidad i forman la suya propia. Graves cosas pueden revelar los hechos pequeños.

De R. HERMANSEN.

De la Escuela Clásica a la Escuela Criminal Positiva

Esposicion de la Escuela Positiva segun el Profesor Ferri

SUMARIO.—Beccaria i su tiempo.—La Escuela Clásica.—Carrara, Lombroso, Ferri, Garófalo.—El delito con base natural i social.—Factores del delito.—Sustitutivos penales.—Clasificacion de los delincuentes.—Delincuencia atávica i evolutiva.—Imputabilidad.—Responsabilidad social.

Existe la lucha por la existencia de las ideas, lo mismo que existe para los individuos. Nacida una idea o teoría, se estrella contra el poderoso bloque de los hábitos adquiridos, de las tradicciones, de los prejuicios, de los intereses i de las pasiones, todos hijos del tiempo i del medio en que se enjendraron.

Trabada la *struggle for life* entre estos elementos, la idea o teoría saldrá vencedora si lleva en sí la fuerza vital, si, como el Rolando de la fábula, sabe abrirse camino a traves de millares de enemigos. Ya sola, pero vencedora, empieza a reclutar adeptos en torno suyo, hasta que un buen dia estalla triunfante como el crepúsculo de una aurora de Octubre.

Penetra así en ese término medio de intelijencias, por el cual, en su mayoría, está constituido el mundo moral. Pasa luego a ser ciencia oficial i, a su vez, punto de partida para nuevas investivaciones, teorías e ideas.

Si alguna lei gobierna en absoluto el mundo, es la lei de la relatividad en los fenómenos, ya sean éstos psíquicos o sociales. Por eso no puede decirse que el término medio de hombres de que hablo sea innecesario, por cuanto sirven a una primera eliminacion de las ideas o teorías inadaptables a nuestro medio ambiente o absurdas muchas veces.

Pasadas por esta dura prueba las teorías o ideas vitales, se encarnan en la ciencia académica u oficial, nuevo formidable reducto que tendrán que abatir las que vengan en pos. Pero la ciencia académica desempeña, a su vez, un gran rol: el de someter a una nueva eliminacion las ideas o teorías que forman ya los hábitos mentales de la mayoría.

Por eso, seriamente, nada puede decirse que exista de mas en el mundo: todo se completa i converje a una armonía final: la evolucion. Son las leyes de la evolucion las que debemos procurar conocer, porque lo razonable es precisamente adaptarse a ellas. I así comprenderemos esa tarea de Sísifo del progreso que, segun la bella imájen de Goethe, es una

espiral que parece replegarse sobre sí misma, pero cuya ascension es siempre constante.

Nace la escuela clásica criminal en el siglo XVIII, merced al impulso de un hombre de jenio. Como era de esperarlo, las teorías sustentadas por esta nueva escuela, tuvieron que chocar contra los prejuicios, la rutina i los hábitos mentales que, en materia de lejislacion penal, dominaban desde la edad media.

César Beccaria, apénas salido de la adolescencia, publica, en 1764, su pequeño libro *De los delitos i de las penas*, libro que, a su valor cintífico, une el mérito de ser una airada protesta de dolor i de angustia contra la estatolatría i tiranía lejislativas medioevales.

Beccaria, como todo hombre que propaga ideas nuevas, tuvo que sufrir los ataques enconados de sus contemporáneos. Se le acusó de ir contra los principios tradiccionales de justicia, de conculcar la lei, de hacer tabla rasa del derecho i de todos sus cánones, de querer entregar la sociedad en mano de los criminales i bandidos. Se alegó aun que abolir la tortura era imposibilitar por completo la administracion de la justicia.

Hai que advertir aquí que en el Siglo de la Enciclopedia, eran puestos en práctica, para hacer confesar a los penados, delitos reales o imajinarios, aquellos abominables procedimientos de tortura de la tristemente célebre Inquisicion.

En mi jira por Europa, tuve oportunidad de visitar, en La Haya, la sala del Santo Tribunal de la Inquisicion, instituido en ese pueblo por los secuaces de Felipe II de España. Es una infecta mazmorra en la cual existen, como en un museo, los instrumentos torturatorios descritos por Octavio Mirbeau en *El jardin de los suplicios*.

El abate Fachinei publicó una réplica al libro de Beccaria, intitulada *Notas i observaciones*, en la cual decia que la obra *De los delitos i de las penas* estaba escrita basándose en todas aquellas obras que hacen mayor ruido en nuestros dias por su repugnante, odiosa novedad, de las cuales contenia, ademas, todo el veneno, eso sí que esparcido con mas honrada destreza i con mas imponente, mas noble i ménos sospechosa falta de sinceridad.

Beccaria, agrega Fachinei, dice haber escrito para pocos; yo, en cambio, escribo para todos. El autor *De los delitos* se ha servido, por decirlo así, de moneda imajinaria; yo es preciso que me sirva de moneda contante i conocida de todos... Me consuela, sin embargo, el no tener que sufrir los fastidiosos remordimientos que tendrán siempre inquieto a Beccaria. Empiezo, por esto, tranquilamente mis *Notas*.

Beccaria publicó una *Respuesta a las Notas i observaciones* del abate Fachinei. Refutó en ella veintidos acusaciones de impiedad i siete de sedicion.

La reforma iniciada por Beccaria surjió, no obstante, porque obedecia a una necesidad moral de su tiempo.

Es atributo del jenio anticiparse a la historia. Beccaria, en efecto, recojió en su libro todas las quejas i lamentos contra esos crímenes de la barbarie lejislativa medioeval, justificados hoi por la historia; pero siempre execrados por la conciencia humana, los que, veinticinco años mas tarde, debian tener una magnificente esplosion en la Revolucion Francesa.

* * *

¿Cuáles son los objetivos perseguidos por la escuela conocida hoi con el nombre de *clásica* e iniciada por Beccaria?

Desde luego, siendo como es una reaccion contra la tiranía del Estado, debia procurar anteponer al individuo i reivindicarle su dignidad humana tal como lo fué plenamente en la *Declaracion de los derechos del hombre.* I como corolario de este postulado, se propuso *la disminucion de las penas* en el órden práctico i *el estudio abstracto del delito como ente jurídico* en el órden teórico.

La ola de humanitarismo que en esa época empezaba a invadir la conciencia universal, por tantos siglos dormida, hizo que esta doctrina, despues de sufrir los rudos ataques de los misoneistas, se estendiera profusamente por toda Europa. I hubo monarcas, como los de Austria, Rusia, i otros, que llamaron al propio Beccaria a aplicarla en sus Estados.

De esta manera la escuela clásica, como el *humus* benéfico hace nacer los jardines i las flores campestres, hizo nacer este maravilloso cuerpo de ciencia jurídica penal, que debia alcanzar con Francisco Carrara, el punto mas culminante de su desarrollo i de su gloria.

* * *

Cumplido ya por la escuela clásica su ciclo glorioso con Francisco Carrara, era natural que jeniales innovadores vinieran a dar nuevo impulso a una ciencia que envejecia.

Francisco Carrara en su *Programa* habia hecho la esposicion mas completa i jenuina de la escuela clásica criminal, sin que despues de él nada se haya dicho de nuevo sobre ella, pasando a ser las producciones ulteriores, meras glosas de principios ya sustentados.

Eran menester las inducciones jeniales de Lombroso en la antropolojia criminal, de Ferri en la sociolojía i de Garófalo en la jurisprudencia, para que el derecho penal quedara encauzado en nuevos i fecundos horizontes, ántes desconocidos.

En 1878, César Lombroso, médico, naturalista i psiquiatra, publicaba

la segunda edicion de su obra majistral; *El hombre delincuente,* en la cual hacia aplicacion del método positivo o esperimental al estudio de las enfermedades mentales. Enrico Ferri, en ese mismo año, públicó su *Teoría de la imputabilidad i negacion del libre albedrío,* en la cual, —acojiendo la frase de Felipe Turati,— se veia ya la intencion esplícita de aplicar el método positivo a la ciencia del *juris* criminal.

En 1884, Ferri publica la segunda edicion de sus *Nuevos horizontes del derecho i del procedimiento penal,* (obra que llegó a ser despues la *Sociolojía criminal)* Rafael Garófalo, su *Criminolojía,* i Lombroso, la tercera edicion del *Hombre delincuente,* obras maestras que constituyen la espresion última i mas completa de la escuela criminal positiva.

Lombroso acumula, sobre todo, en su libro, los primeros materiales antropolójicos, base necesaria de toda construccion ciéntifica o sociolójica, con una orijinalidad i fecundidad de investigaciones, que lo hacen, sin disputa, el verdadero fundador de una nueva ciencia: la antropolojía criminal.

Garófalo ejecuta la distinta labor de investigar las inducciones técnicamente jurídicas de las primeras conclusiones de hecho, mirando especialmente a la lejislacion penal i a sus posibles reformas, en este período de transicion de nuestros dias.

Ferri procura que el renovamiento de la ciencia criminal asuma una proporcion aun mayor, no restrinjiéndose a un connubio de agua de rosa entre la antropolojía i el derecho penal, ni a una sola correccion de principios jurídicos o de artículos de lei, sino trasformando, con una sustancial innovacion de método, la ciencia jurídica de los delitos i de las penas, en una verdadera i propia ciencia social: en una sociolojía criminal.

* * *

¿En qué consiste la reforma sustancial de esta nueva escuela?

He dicho que la escuela clásica se propuso, en sus principios jenerales, la disminucion de las penas en el órden práctico i el estudio en abstracto del delito como ente jurídico en el órden teórico.

Ahora bien; la nueva escuela se propone tambien la disminucion de las penas i, ademas, en el campo práctico, la disminucion de los delitos que van siempre en aumento.

En el campo teórico, para alcanzar este último fin, se propone el estudio concreto del delito, no como abstraccion jurídica sino como accion humana, como hecho natural i social, i, de consiguiente, no sólo el estudio del delito en sí, como vínculo jurídico, sino ántes que todo, el estudio del que comete el delito, esto es, el estudio del hombre delincuente.

Abandonado el criterio del libre albedrío como el motivo de nuestros

actos, nuestras acciones, normales o patalójicas, sociales o anti-sociales, quedan esplicadas por el determinismo psicolójico universal.

La humanidad ha dejado ya, segun Spinoza, de soñar con los ojos abiertos, pensando que obra libremente.

La estadística nos muestra que nuestros actos, los mas independientes en apariencia, están sometidos a leyes. Así se sabe de antemano i aproximadamente, cada año, en una rejion determinada, cuántas muertes i robos se cometerán; cuántos suicidios podrán contarse; en qué pro porcion nacerán los hijos naturales; en qué estacion los matrimonios serán mas numerosos. ¿Se podrían predecir semejantes resultados si en ellos dominara lo arbitrario?

El libre albedrío no es mas sério que el fatalismo antiguo. No es verdad que nuestra conducta nos sea impuesta por una potencia superior, por un destino ciego del cual seríamos esclavos. No es mas verdad que nuestra voluntad sea completamente independiente, que nuestros actos sean arbitrarios.

En el mundo nada se orijina *ex-nihilo*. El determinismo absoluto enseña que el mundo psíquico en nada se diferencia, bajo el punto de vista de la causalidad, del mundo físico-químico. Este es un hecho que la esperiencia comprueba todos los dias. Los fenómenos del alma para manifestarse tienen necesidad de condiciones materiales exactamente determinadas; por eso se nos muestran siempre de la misma manera, obedeciendo a leyes, i no arbitraria o caprichosamente al azar de una espontaneidad sin reglas.

De ahí que el delito no pueda admitirse como un fenómeno abstracto, como un ente jurídico, como el *fiat* de la libre voluntad, sino como un hecho humano, natural i social, producto del organismo fisiolójico i psíquico del hombre i de la atmósfera física i social en las cuales se ha desarrollado.

Basado en esto, Ferri ha distinguido en tres categorías las causas jeneradoras o factores del delito: *factores antropolójicos o individuales del delito*, *factores físicos i factores sociales*.

Los factores antropolójicos, inherentes a la persona del delincuente, constituyen el primer coeficiente del delito. Se sub-dividen en las tres sub-clases que siguen:

A la primera sub-clase, *de la constitucion orgánica del delincuente*, pertenecen todas las anomalías orgánicas del cráneo i del cerebro, de las vísceras, de la sensibilidad i de la actividad refleja, i de todos los caracteres somáticos en jeneral, como la especialidad de la fisonomía i del tatuaje. Estos caracteres han sido puestos en evidencia por numerosos trabajos de antropolojía criminal, recojidos i luminosamente completados en la obra

de Lombroso, a la cual han seguido nuevas indagaciones, siempre mas numerosas i fecundas.

A la segunda sub-clase, *de la constitucion psíquica del delincuente*, pertenecen todas las anormalidades de la intelijencia i de los sentimientos, máxime del sentido social, i todas las especialidades de la literatura i de la jerga criminales. De todos éstos, ya se han recojido bastantes pruebas; pero que se aumentarán siempre despues del primer i necesario desarrollo dado a las investigaciones orgánicas, porque en la jénesis natural del delito es máxima la importancia del temperamento moral, propio de los delincuentes,

A la tercera sub-clase, *de los caracteres personales del delincuente*, ademas de las condiciones biolójicas de éste, como la raza, la edad i el sexo, pertenecen tambien las condiciones biolójico-sociales, como el estado civil, la profesion, el domicilio, la clase social, la instruccion i educacion, que pertenecen ya, casi esclusivamente, al estudio de los cultivadores de la estadística criminal.

Viene despues de los factores antropolójicos, la serie de los *factores físicos o cosmo-telúricos del delito,* que son todas las causas pertenecientes al ambiente físico, cuya eficacia se demuestra tambien por la estadística criminal en las diversas manifestaciones de los delitos, tales como el clima, la naturaleza del suelo, la inestabilidad diurna o nocturna, las estaciones, la temperatura anual, las condiciones meteorolójicas, la produccion agrícola.

Finalmente, viene la categoría de los *factores sociales del delito*, resultantes del ambiente social en el cual vive el delincuente, como la varia densidad de la poblacion, el estado de la opinion pública, de las costumbres i de la relijion; la constitucion de la familia i el réjimen educativo; la produccion industrial; el alcoholismo; el equilibrio económico i político; el ordenamiento de la administracion pública, de la justicia i de la policía judicial; i, por último, el ordenamiento lejislativo en jeneral civil i penal.

* * *

Conocidas las causas jeneradoras del delito, acercado hácia nosotros este fenómeno del morbo social que ántes vagaba por las altas rejiones de la metafísica, la escuela criminal positiva tiene toda una serie de medidas preventivas, llamadas *sustitutivos penales,* que tienden a secar directamente las fuentes mismas del crímen.

La prevision es un hecho social que toma mayor incremento cada dia, a medida que las dificultades de la vida aumentan.

Tomada nuestra salud bajo el punto de vista económico, por ejemplo, tenemos el deber de tomar todas aquellas precauciones que tiendan a

conservarla en buenas condiciones de trabajo. Conseguido este objetivo, proveer a los imprevistos del futuro guardando, cuando nos es posible, algunas economías. Esto bajo el punto de vista individual.

Con mayor razon interesa el bienestar colectivo.

En Berlin, la ciudad mas aseada e hijiénica del mundo, se han colocado en las calles aparatos para recojer los corpúsculos que vuelan por el aire, para analizarlos, ver los elementos dañinos que contienen, i dictar, segun eso, los reglamentos hijiénicos.

En Francia, la prevision, el ahorro, constituyen una verdadera virtud. Ahí no hai persona que no economice un *sous* en cada franco. Von Bülow dijo: mediante el ahorro i la fertilidad de su suelo, el pueblo frances ha llegado a ser el verdadero banquero del mundo.

Al empirismo clínico de los médicos, se sustituye la fotografía de los órganos con los rayos Roentgen i cinematografía de las funciones dijestivas i circulatorias, para poder dictar luego un tratamiento adecuado a cada enfermo. La prevision justifica, finalmente, aquel aforismo popular: *saber es prever*.

Solamente en la enfermedad del delito, a cada nuevo crímen que aparece se agrega una nueva pena en el código. Esto no quita naturalmente que dadas las mismas causas se produzcan los mismos efectos; en otros términos, que los delitos se repitan.

La disposicion penal, verdaderamente draconiana, sin exajeracion superior a cuanta tiranía lejislativa medioeval pueda imajinarse, en consideracion a nuestros tiempos, que autoriza al marido a asesinar a la mujer sorprendida en flagrante adulterio, no impide que los adulterios se cometan, fatalmente mas a menudo de lo que jeneralmente se piensa.

Si, en cambio, saliendo de las nebulosidades de la metafísica a las realidades dolorosas, pero siempre edificantes de la vida diaria, se dicta una lei que consulte el divorcio, ¡cuántas zozobras, cuantas lágrimas rodadas en la sombra no se evitarian!

Dos jóvenes que de buena fé, en un momento de embriaguez amorosa, contraen un vínculo que ellos creen eterno, yerran porque no consultan los imprevistos del futuro que tan prepotente parte tienen en nuestra existencia; yerran porque todo en torno nuestro cambia, incluso nosotros mismos. Es probable que si pudiéramos poner nuestro *yo* actual en contacto con nuestro *yo* de la vida pasada, estos distintos *yo* de una misma persona no podrian entenderse, porque cada uno representaria personas completamente diferentes.

El divorcio por consentimiento mútuo de los contrayentes, tal como existe hoi dia en Francia i acaba de instituirse en la naciente República del Portugal, es una conquista reservada al mundo femenino en todos los paises.

Es indudable que el matrimonio por amor, el matrimonio natural preconizado por el *Antiguo testamento*, sin ceremonias relijiosas o civiles, se siente hoi robustecido por el vínculo social; pero que este vínculo no sea contrario a las leyes de la vida. Admítase el divorcio con disolucion del vínculo i se habrá fortificado aun mas el matrimonio, i llevado la paz a muchas conciencias i evitado muchos delitos hoi penados bárbaramente en la letra de nuestros códigos...

* * *

En la poblacion abyecta i triste de nuestros presidios, cárceles i manicomios, ¡cuántas existencias se librarian de la pendiente resbaladiza del crímen o del naufrajio intelectual, si a las inconducentes o poco eficaces penas represivas, se sustituyeran las medidas jurídicas i político administrativas propuestas por la nueva escuela!

La estadística nos prueba que el sesenta por ciento de los pobladores de los manicomios i el ochenta por ciento de los de las cárceles, se reclutan entre alcohólicos i dejenerados alcohólicos.

¿Qué se ha hecho para prevenir la embriaguez? Dictar una lei que contiene el famoso artículo número 131, que no se ha puesto en práctica porque no habria establecimientos suficientes, capaces de contener a los infractores...

¿Qué debió hacerse racionalmente? Quitar los impuestos a los artículos de primera necesidad, a fin de que el pueblo pueda nutrirse barata i convenientemente i no tenga necesidad de recurrir a estimulantes artificiales, para reparar las fuerzas perdidas, jeneralmente, en un trabajo excesivo.

Fomentar el uso de estimulantes sanos, como el té i el café, a los cuales el pueblo se habitúa con gusto i con gran facilidad. Suprimir ese impuesto vergonzoso al azúcar que, so pretesto de protejer una industria que todavía no puede existir en Chile, triplica su valor i priva de su uso cuotidiano a muchos seres de nuestro pueblo. Crear, en fin, el hábito del hogar para alejar al pueblo de las tabernas, destruyendo esos infectos conventillos, vergüenza i escarnio de nuestro pais i de nuestra sociedad.

Nada de esto se hace. Apénas si una u otra ráfaga de protestas finjidas se oyen en la prensa o en el Congreso, que van a estinguirse indefectiblemente en una próxima eleccion de senadores, de diputados o de presidente de la República. I se sigue hablando, no obstante, de patria i de intereses nacionales...

A llenar estos vacíos viene la nueva escuela criminal, con los sustitutivos penales de Ferri o con los preventivos sociales, como les llama el

ya estinto i gran Lombroso, i cuyos modestos ejemplos prácticos habeis oido.

Con la escuela clásica criminal que asiste a esta estraña antimonia: la de haber llegado a su estrema perfeccion i no haber podido disminuir esta ola del crímen que, con el tiempo, sólo cambia de forma, pero que se ajiganta, que aumenta siempre.

Los medios represivos directos no son mas que negativos i estremos, i la historia i la estadística demuestran que son los ménos eficaces para disminuir o impedir la avalancha de los delitos.

El sabio lejislador, ántes que acudir a los medios represivos, de tan cómodo i estéril uso, debe acudir a las medidas preventivas indirectas, ya que en su esencia, prevencion i represion, no son mas que dos momentos de una sola e idéntica funcion, cumplida por un mismo órgano social, en vista de un mismo i único fin: la conservacion social. De un mismo i único problema: la investigacion de los modos mas eficaces i mas útiles de obtenerla, tanto para la sociedad como para el individuo.

* * *

Otra trascendental consecuencia del estudio del delito bajo el punto de vista positivo, como hecho natural i social, es la clasificacion de los delincuentes i la distincion fundamental de la criminalidad en atávica o anti-humana i evolutiva o anti-social.

El conocimiento de las causas jenerales o factores del delito, nos demuestra la inexitencia de ese tipo abstracto de criminal de la escuela clásica, que obra de manera soberana, segun lo quiere su libre albedrío. La clasificacion natural de los delincuentes corrobora i patentiza la realidad de esas causas determinantes del delito, que actúan de un modo particular sobre cada individuo, segun cuales sean sus peculiares características antropolójicas.

Desde luego, existe una fundamental distincion de dos categorías típicas de delincuentes. La primera comprende la clase de todos aquellos que, afectados por la dejeneracion hereditaria, criados, las mas de las veces, en ambiente corrompido, presentan en máximo grado de frecuencia las anormalidades orgánicas i psíquicas. Hombres que en el ambiente esterno encuentran el pretesto de sus delitos; pero que ya sentian dentro de sí el impulso i la atraccion instintiva al crímen; rehacios, ademas, al trabajo honrado, brutalmente feroces i crónicamente ociosos, salvajes, en fin, perdidos en nuestra civilizacion.

La segunda clase comprende los delincuentes de ocasion; aquéllos que, sintiendo tambien en sí la predisposicion al delito, por debilidad de sentido moral i escasa prevision, encuentran tambien en el ambiente esterno, con

el concurso de especiales ocasiones, la impulsion decisiva al acto criminoso.

En la primera se distinguen, por de pronto, los delincuentes afectados de una forma comun de enajenacion mental, constatada ántes i despues del acceso criminoso, i son los delincuentes locos. De éstos se pasa al tipo verdadero i propio de los delincuentes natos, incorrejibles, que constituyen la figura característica de esta primera clase antropolójica i presentan la anormalidad orgánica i psíquica mas frecuente i notable, junto a los dos caractéres específicos de la precocidad i de la reincidencia en el delito.

Entre esta primera clase de delincuentes por tendencia conjénita i la segunda de los delincuentes ocasionales, hai una sub-categoría, bastante numerosa, de los delincuentes por hábito adquirido.

Cualquiera que visite las cárceles con espíritu científico, dice Ferri, se encuentra con una figura macilenta de malhechor, las mas de las veces ladron, cuya vida ha sido continuas caidas i recaidas, una ida i vuelta entre la cárcel, la taberna i el prostíbulo; pero que todavía no estaba verdaderamente predestinado al delito por un impulso tan profundo e invencible como aquel de los criminales natos. Son individuos que caen la primera vez por una ocasion desgraciada; pero que llevados a la cárcel encuentran allí, en vez de correccion, la corrupcion moral i material, i cuando salen de ella, abandonados de la sociedad, privados de trabajo, sospechosos a los honrados, se dan al alcoholismo, a la ociosidad i caen nuevamente, para volver a la misma vida apénas libertados, yendo así de cárcel en cárcel, de reincidencia en reincidencia a la completa ruina moral, a la delincuencia crónica, incorrejible. Son delincuentes de ocasion que llegan a ser incorrejibles por complicidad del ambiente social; pero que, mejor curados, habrian ciertamente, en la mayor parte de los casos, abandonado la via criminosa, despues de la primera caida.

I se pasa así a la figura típica de la segunda clase, al delincuente de ocasion, que cae por primera vez; pero que despues, por una menor debilidad de constitucion física i moral i por circunstancias ménos desgraciadas, no vuelve a caer o no cae mas de una vez i a grandes intérvalos, porque el ambiente esterno no repite contra él el asalto de las ocasiones pérfidamente seductoras.

I se llega a la última variedad de delincuentes que representan el tipo exajerado del delincuente ocasional; pero que se acercan mas que éste al hombre honrado i que ofrecen algunas veces puntos de contacto con los delincuentes locos o semi-locos, por el temperamento neurótico, excitable, que los hace ser verdaderamente bombas esplosivas, i son los delincuentes por ímpetu de pasion.

Es siempre el impulso esterno, como en los delincuentes de ocasion, el que tiene la mayor culpa en la impulsion criminal; pero miéntras que

en aquéllos el impulso esterno es un incentivo no escepcionalmente fuerte, en los delincuentes por pasion, en cambio, es un verdadero i propio huracan psicolójico. El amor contrariado, el justo dolor, la gravísima provocacion, son entre muchas, causas que lo impulsan al delito, casi siempre de sangre, cometido a la luz del dia, sin premeditacion, i seguido casi siempre de arrepentimiento i a menudo de suicidio, despues de haber vivido toda una vida sin mancha alguna. Estos pasionales se encuentran, de consiguiente, en el caso verdadero, pero mucho mas raro de cuanto comunmente se afirma, de la llamada *fuerza irresistible.*

En esta forma, cualquiera de nosotros puede violar el código penal. Siendo el delito la resultante de los factores antropolójicos, unidos a los factores del ambiente esterno, cualquiera de nosotros puede tener la absoluta certeza, —salvo el caso de enajenacion mental,— que no cometerá jamas ninguno de aquellos delitos en donde se revele al delincuente nato, al asesino por depravacion, por paga recibida; miéntras que fácilmente cualquiera de nosotros puede ser arrastrado a la lesion o al homicidio por ímpetu instantáneo de violenta pasion, quedando así en la clase de aquellos seres desgraciados, sin entrar jamas en aquélla de los malhechores vulgares.

Estas son las distintas variedades antropolójicas del mundo criminal: los delincuentes locos, natos incorrejibles, por hábito adquirido, de ocasion i por ímpetu de pasion, para cada uno de los cuales la escuela positiva propone diversos i apropiados medios de prevencion i de represion.

* * *

De lo ántes ya dicho de las causas determinantes del delito, se deduce tambien que las manifestaciones de éste, puedan ser individuales sociales. De aquí aquella distincion fundamental entre criminalidad atavica o anti-humana i criminalidad evolutiva o anti-social.

Son manifestaciones de la criminalidad atávica o anti-humana, aquellos actos criminosos en que el hechor es inducido esclusivamente a su comision por móviles egoistas. Tales son las formas violentas del delito, como el homicidio por venganza, el estupro, la rapiña, etc.; i las formas fraudulentas, como la estafa, la instigacion al suicidio de la persona de quien se espera heredar, etc.

La asociacion política con propósitos revolucionarios (no reformista), la propaganda oral o escrita, la organizacion en partido de clase, las huelgas, la oposicion a determinadas instituciones o leyes vijentes, cuando llegan a la sola manifestacion de las ideas (que no puede jamas ser delito), i tambien una agresion material al órden social concreto, son las formas

características de la criminalidad evolutiva o político-social, determinada por motivos altruistas i humanitarios, aunque sean errados o irrealizables.

Sea como fuere, en estos órdenes de criminalidad hai siempre una amenaza material o una efectiva violacion de las condiciones actuales de existencia del individuo en su personalidad bio-social o de la colectividad en su ordenamiento históricamente concreto. Pero lo que separa sustancialmente los unos de los otros, independientemente de la diversa morfolojía de la violencia o del fraude, son los motivos por los cuales el autor del hecho es determinado: motivos de interes egoista i anti-social o de interes altruista i social. De donde resulta que contra la criminalidad atávica existe interes universal de defenderse, no así contra la criminalidad evolutiva, contra la cual el interes de defensa se limita a la minoría dominante, a una defensa de clase.

Para obviar este inconveniente. la escuela criminal positiva da a la fórmula *defensa de clase* un significado mas amplio, mas completo i mas eficaz, en el sentido de que, en el estado presente, por *defensa de clase* debe entenderse, no solamente la preservacion de toda la colectividad de los ataques de la criminalidad atávica, sino tambien aquella de la clase dominante de los ataques de la criminalidad evolutiva, con la sola diferencia que el Estado debe de defenderse de la criminalidad evolutiva en un modo diverso que de la criminalidad atávica.

* * *

Reconocidas las causas naturales del delito, o, en un sentido mas jeneral, la determinacion fisio-psicolójica de todos los actos humanos, surje espontánea la objecion de la escuela criminal clásica: si el hombre es determinado, no es entónces responsable de sus actos.

La escuela positiva que ve en la existencia del libre albedrío sólo una ilusion subjetiva, sin ninguna consistencia real, afirma que el hombre es culpable, nó porque es moralmente libre en la ejecucion de un delito, sino *porque vive en sociedad.*

El sólo hecho de vivir en sociedad determina la responsabilidad del individuo, porque el que vive en sociedad se pone en una serie de relaciones,—materiales primero; morales i jurídicas después—con sus coasociados; i como de la sociedad recibe proteccion, ayuda, garantías, del mismo modo hácia la sociedad el individuo tiene la obligacion del respeto de las condiciones de existencia de los otros coasociados, necesarias al desarrollo de sus personalidades.

Un hombre aislado, Robinson Crusoe en su isla, no es responsable del mérito o demérito de sus actos, sino en cuanto éstos vayan en contra

de las leyes de la naturaleza. En este caso, las leyes naturales serian la única sancion de un hombre que se encontrara en una situacion semejante.

Trasladado este mismo sujeto al seno de una sociedad, ya no sólo seria responsable de sus actos ante las leyes naturales, sino ademas ante las leyes sociales, que la sociedad como la naturaleza tiene tambien sus leyes de conservacion, de vida i de progreso.

La sociedad premia los actos virtuosos, grandes i heroicos de los hombres que aumentan su haber intelectual o mejoran sus condiciones materiales, i reacciona o castiga los actos nocivos, que van contra su bienestar i desarrollo.

Para pasar, pues, de esta imputabilidad material de un hecho nocivo a la imputabilidad legal, no es necesario aquel eslabon intermedio de la responsabilidad moral o libre albedrío.

* * *

Contra la infraccion de las leyes de la existencia colectiva, la sociedad no debe reaccionar con la uniformidad monótona de la dosimetría penal establecida en nuestras leyes, sino en conformidad a la potencia maléfica del delincuente, manifestada por el mismo delito.

La diversidad de los factores criminójenos, con su consiguiente distincion de las varias categorías de delincuentes, deben servir de base para adoptar todas aquellas medidas defensivas, tendentes a precaver a la sociedad del delito. Estas medidas o medios defensivos, son, segun la escuela positiva, los siguientes: los medios preventivos o de hijiene social, que tienden a impedir la aparicion misma del delito; los medios reparatorios o de resarcimiento civil; los medios represivos temporales, que pueden ser algunos de aquéllos que ahora constituyen casi todo el arsenal punitivo de nuestro código penal; i, por último, los medios eliminativos, por los cuales la sociedad, reconociendo absolutamente inadaptado a la vida social a un individuo determinado, lo escluye del propio organismo, por una funcion de desasimilacion que, en todo organismo vivo, es la base misma de la vida.

Estas varias formas de defensa social están subordinadas a estos dos máximos criterios de la sociolojía criminal:

Primero. Que la sociedad debe, ante todo, trabajar principal, asídua e inexorablemente en aplicar los medios preventivos ántes que el mal se haya verificado, para evitar esa justicia retributiva de culpa i pena.

Segundo. Que en presencia de un delito cometido, la potencia maléfica del delincuente sea la norma fundamental para aplicar el medio reparatorio o recurrir a aquél represivo u optar, en fin, por el medio estremo de la eliminacion.

* * *

Estas son, en modesta síntesis, las principales conclusiones de la sociolojía criminal, o sea de esta nueva i compleja ciencia relativa a las medidas de seguridad social, en la cual los lejisladores deberán inspirarse seguramente al dictar en lo futuro los códigos de defensa social. Están tomadas, en no pocas partes, a la letra de los cursos de *Sociolojía crimina.* i de *Derecho i procedimiento penal*, profesados por Ferri en la Universidad de Roma, i a los cuales tuve el honor de asistir como alumno durante el año escolar de 1908, i de los libros del mismo Ferri.

Acerbas críticas se han escrito contra ellas; críticas que tienen mucho de parecido a las que en el siglo XVIII se le hicieron al gran Beccaria.

En el caso presente, no se trata de demoler lo pasado, sino en lo pasado reedificar el porvenir.

Inclinémosnos respetuosos ante aquella ciencia criminal que de César Beccaria a Francisco Carrara ha acumulado el jénio de las jeneraciones pretéritas; pero reconozcamos tambien a las presentes el concurso que han prestado al perfeccionamiento i renovacion de esta misma ciencia. El rol de éstas no es repetir las teorías de las pasadas, sino aquélla mas fortificante i noble de hacer progresar la ciencia por investigaciones nuevas, por nuevas inducciones.

Cumplido ya su ciclo histórico por la escuela clásica criminal, no queda para el futuro mas que una sola i ancha via maestra: el estudio positivo de los hechos sociales; el determinismo universal como norma de los estudios; la escuela criminal positiva como un desarrollo ulterior de la escuela clásica iniciada por Beccaria, completada i renovada por el vivificador método esperimental o positivo de los estudios.

Ha cabido en suerte a la península itálica, a la tierra clásica del derecho penal, ser la fuente precursora de esta nueva ciencia penal, que tendrá múltiples i benéficas aplicaciones.

I hoi que nuestro pais ha escuchado a Enrico Ferri, el mas potente apóstol de la escuela criminal positiva; hoi que, como ayer, nuestra tierra presta ambiente tan favorable a la planta morbosa del delito, demos en nuestro mundo intelectual amplia hospitalidad a sus doctrinas, para curarnos eficaz i científicamente del crímen, la mas dolorosa de nuestras plagas sociales.

De GUILLERMO VALENCIA

Así hablaba Zaratustra

(Inédita)

En el mas alto pico de ese monte,
eterniza su diamantino fulgurar la nieve.
Como férvida ola de basalto
emerjió de la tierra—fatigada
por la vana equidad de las llanuras—
ese monte de cima plateada
i raíces inmóviles i duras.

Funebremente solo, su fiereza
vio los siglos pasar, hojas caidas
del áspero laurel de su cabeza.
Ni las huracanadas sacudidas
del frio Setentrion, ni la demente
voz de la tempestad,
ni las filosas dagas,
robaron la actitud impasible
de su pico.
I la montaña se levanta loca
ante la inmensidad.
I cuando irisa,
la nieve matinal su nívea toca,
parece que vagara una sonrisa
sobre la faz de la vetusta roca.

Hasta el ápice frio de la altura
no ha llegado mi pueblo todavía,
—pedestal en que el hombre se infatura—
ni las plantas de humana criatura
habrán de hollarlo hasta remoto dia.
Sólo un ciervo las pérfidas barrancas
ájil vence;
al ímpetu triunfante de sus ancas,
la piedra desprendida
rueda, al chocar de la pezuña hendida,
por el desfiladero sin salida.

Ya en la cima
su vasta cornamenta abre,
como vieja encina
a que robó las hojas la tormenta.
I el macho doble i soberbio empina
su lomo bajo el austro que revienta.
Ráfagas silbadoras
le peinan, al pasar, la piel hirsuta;
i las rojas ventanas sopladoras
de su nariz, husmean
en ajitada i bruta palpitacion, las sonoras
concavidades del abismo torvo.
I la nariz se enfría, i asemeja
un pedazo de nieve con el viento.

I dijo Zaratustra:
Cuando llegue
la hora del amor para mi raza,
enviaré a mis robustos labradores
a desprender la indómita coraza
de ese monte, —mi monte— i en la plaza
de mi libre ciudad, las muchedumbres
conquistadoras del Ideal,
oirán por qué la piedras de aquel monte
elejí para alzar vuestras estatuas.

De MAXIMO GORKI.

Un rei de la República

Los reyes del acero, del petróleo i todos los otros reyes de los Estados Unidos turbaban de contínuo mi imajinacion. Jente tan adinerada no podia ser, en mi concepto, jente vulgar.

Figurábame que cada uno de ellos tendria a lo ménos tres estómagos i centenar i medio de dientes. Estaba persuadido que los millonarios comerian sin cesar desde las seis de la mañana a las doce de la noche. Que devorarian los alimentos mas caros: ocas, gallináceas, conejos de Indias, bizcochos i demas sabrosas sustancias, de suerte que, al llegar la noche, hallaríanse tan fatigados de trabajar con los maxilares, que ordenarian a los negros mascullarles los alimentos para poderlos injerir.

Que por fin, agotadas las enerjías i sudorosos, jadeantes, serian llevados por sus criados al lecho, del cual se levantarian para reanudar al dia siguiente la misma vida tormentosa.

I que, sin embargo, semejante fastuosidad apénas les permitia consumir la mitad de sus rentas. Pensaba para mi: «En verdad que esta vida es penosa ¿Para qué todo eso? ¿Qué placer hai en poseer millones, si uno no ha de comer mas de lo que come cualquier pobre diablo?»

Imajinábame que los millonarios llevarian la ropa interior de áureos tejidos; que sus bolsillos estarian tapizados de hilos de oro; que en lugar de sombreros cubrirían sus cabezas cascos de brillantes; que sus levitas serian del paño mas costoso i de una lonjitud nunca inferior a cincuenta pies i, por lo ménos, con trescientos botones de oro. En los dias festivos, pensaba se pondrian de ocho levitas i seis pares de pantalones para arriba. Cierto que esto no es mui cómodo; pero cuando un hombre posee tantos millones, no puede vestir como todos los demas mortales.

La bolsa de estos adinerados asemejábase, en mi sentir, a unas fauces que pudieran engullir fácilmente la Iglesia, el Senado i todo cuanto se quisiera... Mas, para conceder al estómago de tales *gentlemens* la capacidad de un mostruo antediluviano, repugnábame imajinarme la largura de las piernas i de los pantalones de semejante ente. Sólo me atrevia a pensar que las ropas de su cama no medirian menos de una milla cuadrada.

Creia que, si acostumbran a mascar tabaco, meterian en la boca de cada vez dos libras, i que, si fumaban, cada carga de su pipa seria de una libra, porque al fin i al cabo, el dinero no tiene mas objeto que ser gastado.

Los dedos de sus manos pensaba tendrian un tacto esquisito, ya que no una facultad májica para prolongarse a capricho, de modo que si estando en Nueva York se acordasen de que en el fondo de la Siberia habia oculto un dollar, pudieran extender su garra a traves del estrecho de Behring i apoderarse del tesoro sin sufrir incomodo.

I era curioso que, ocurriéndoseme tamaños dislates, no acertara a imajinarme la cabeza del monstruo. Por otra parte, parecíame perfectamente inútil este órgano colectivo en una masa de músculos i huesos animada sólo por la ambicion de sacar de todas las cosas oro. Confieso que, en jeneral, mi vision, mi idea del millonario, era algo confusa, indefinida. En una palabra: caracterizábalo por sus brazos largos, elásticos, capaces de abarcar todo el orbe, para engullírselo por la enorme boca que chupa, roe i mastica nuestro planeta, babeándolo con una sustancia viscosa que le asemeja a una fruta recien salida del horno.

Imajinaos mi estupor cuando, al encontrarme con un millonario, vi que era un hombre como los demas.

Ante mi, sumido en una poltrona, habia un viejo largo i flaco; sus manos, temblonas i rugosas, de lonjitud natural, se posaban sobre un abdómen de dimensiones normales. Llevaba rasurado cuidadosamente el pálido rostro. El labio inferior, caido por la edad, cubria, sin embargo, las bien formadas encias, guarnecidas de dientes de oro. El otro labio—afectado, exangüe i fino—adheríase fuertemente a su mandíbula masticadora, permaneciendo casi inmóvil cuando el anciano hablaba. Sus ojos, incoloros, eran huérfanos de cejas i el cráneo, desnudo de cabellos. En su rostro parecia faltar la piel. Abotagado, inespresivo i lustroso, recordaba la paz de un recien nacido. Era difícil precisar si este ente comenzaba o decli naba su vida.

Vestia como cualquier otro hombre. Un anillo, el reloj i los dientes, eran las únicas joyas que llevaba sobre sí. En conjunto, parecia un criado viejo de una casa aristocrática.

El gabinete donde me recibió, no abrumaba por su lujo ni admiraba por su belleza. Unicamente llamó mi atencion la solidez de los muebles, tan bien fabricados que se me ocurrió si aquella casa seria visitada tal vez por elefantes.

—¿Es usted el millonario?—pregunté sin dar créditos a mis propios ojos.

—¡Oh, sí!—repuso, asintiendo con la cabeza.

Finjí no creerlo i resolví desenmascararlo sin perder un momento, preguntándole súbito.

—¿Cuánta carne comeis cenando?

—¡No ceno carne!—contestó.—Una ensalada, un huevo, una tacita de té i nada mas...

Confieso que no pude vislumbrar en sus ojos injénuos, de recien nacido, semejantes a dos grandes gotas de agua turbia, el mas leve asomo de mentira.

—¡Está bien!—esclamé estupefacto.—Pero séame sincero i dígame con franqueza cuántas veces come al dia.

Dos—respondió con calma.—El almuerzo i cena me bastan perfectamente.—El almuerzo: un plato de menestra, un trocito de carne, un dulce, fruta, una taza de café i un cigarro.

Mi admiracion crecia como la espuma.

El miróme con beatitud. Yo proseguí confiado:

—Pero de ser verdad eso, ¿en qué gasta usted su dinero?

Encojióse de hombros, movió un poco los ojos i repuso:

—Me sirve para hacer mas dinero.

—¿Para qué?

—Para hacer aun mas...

—¿Para qué?—insistí.

Inclinóse hácia mí, afianzando los codos sobre los brazos de la poltrona, i preguntóme con cierta curiosidad:

—¿Estais loco?

¿I vos?—interrogué, a mi vez, yo.

El anciano bajó la cabeza, murmurando a través del oro de sus dientes:

—¡Qué tipo mas interesante!... ¡Creo que es la primera vez en mi vida que hablo con un hombre tan raro!...

Despues tornó a levantar la cabeza, i alargando en estraña sonrisa su boca hasta las orejas, se puso a examinarme en silencio. A juzgar por la calma de su rostro, era evidente que se reputaba por un hombre perfectamente normal.

—¿En qué, pues, se ocupa?—le pregunté.

—¡Hago dinero!—repuso lacónicamente, alzando los hombros.

—¡Farsante!—esclamé con gozo.—Creo que no tardaré en descubrir tu misterio.

El sollozaba levemente, convulsionándose todo su cuerpo como si una mano invisible le aguijonease bajo el asiento, i contrayéndose nerviosamente sus ojos.

¡Es curioso!—exclamó calmándose poco a poco i envolviéndome en una mirada benévola.—¡Preguntadme otras cosas!...

Sus mejillas, ignoro por qué, se colorearon.

Medité durante breves instantes i proseguí interrogándole:

—¿Cómo haceis dinero?

—¡Ah! ¡ya comprendo!—dijo meneando la cabeza.—Es mui sencillo. Soi propietario agrícola Los campos producen frutos que transporto al

mercado. Luego de calcular cuánto dinero hai que dejar a los hombres para que no se mueran de hambre i puedan seguir trabajando, todo lo demas me pertenece en concepto de tarifa de trasporte. Repito que es sencillísimo.

—¿I los labradores están satisfechos?

—No todos, segun creo—replicó con infantil injenuidad.—Mas, sabido es que los hombres nunca están contentos con su suerte. Eternamente locos, somos insaciables...

—¿El gobierno no estorba vuestro negocio?—aventuré tímidamente.

—¿El gobierno?—repitió quedándose pensativo i posando la cabeza sobre la palma de su diestra.

Despues ajitó la cabeza como si recordase algo:

—¡Ah! ¡ah! ¿Sabe usted aquello... de Wáshington? No; no piden nada. Son buenos muchachos... Algunos pertenecen a mi *Club*. Pero nos vemos mui de tarde en tarde... Tampoco piensa nadie en ellos. No, no me estorban—repitió, preguntándome acto seguido con curiosidad:—¿Por qué han de impedir los gobiernos hacer dinero?

Me sentí confuso ante su injenuidad i sapiencia.

—No—dije vacilante,—no me refiero a esto... Mirad: yo creía que en ciertos casos el gobierno debiera perseguir una rapiña... manifiesta.

—¡Hum!—gruñó— ¡Eso es idealismo puro! Nosotros no robamos. El gobierno no tiene derecho a inmiscuirse en los asuntos privados.

Mi insignificancia aumentaba ante aquella plácida sabiduría infantil.

—¿Acaso la ruina de muchos para el bienestar de un solo individuo es un asunto privado?—pregunté cortestemente.

—¿La ruina?—repitió abriendo desmesuradamente los ojos.—La ruina sólo viene cuando los brazos esplotados andan caros. Cuando ocurren huelgas. Pero nosotros tenemos a los emigrantes. Estos desprecian siempre el jornal de los obreros, reemplazando gustosos a los despedidos. Cuando en el país haya muchos que trabajen a bajo precio i consuman mucho, todo marchará bien.

Su rostro animóse lijeramente, pareciendo a la vez un viejo i un niño. Sus dedos huesudos i afilados moviéronse nerviosamente, resonando con mayor claridad a mis oídos su voz monótona.

—¿El gobierno? Quizá esta es una cuestion interesante. Ella implica los problemas siguientes: En los paises ha de haber tanta poblacion cuanta sea precisa para comprar todo lo que yo quiero vender. Debe haber los obreros necesarios para que nunca se advierta falta de brazos, pero ni uno mas. Entónces serán imposibles el socialismo i la vagancia. El gobierno no debe imponer contribuciones elevadas. He aquí lo que llamo un buen gobierno.

—Esas teorías—pensé—revelan su necedad i la soberbia del propio valor. Cualquiera diria que, en efecto, es rei de algo.

—Actualmente—continuó con tono firme i convencido,— en el pais reina un órden inalterable. El gobierno retribuye mezquinamente a muchos pedagogos que todos los domingos enseñan al pueblo, durante mas de ocho horas, a respetar las leyes. Si los maestros no bastan a este objeto, se recurre a los soldados. El fin justifica los medios. Los consumidores i los obreros están obligados a acatar las leyes. ¡Esto es todo!—terminó, jugueteando con los dedos.

—No; no es un estúpido, aunque dudo que pueda ser un rei—pensé, i dije:—¿Estais satisfecho del actual gobierno?

Despues de vacilar durante breves minutos, respondiome:

—Hace ménos de lo que pudiera hacer.

«En mi opinion, ahora conviene dejar a los emigrantes el paso franco. Pero nosotros tenemos la libertad política de la que tambien ellos gozan, i que deberian pagar. Cada uno deberá poseer 500 dollars. Un individuo que tiene 500 dollar es preferible al que tiene sólo 60. ¡Jente mala, vagos, mendigos, enfermos i otros detritus de la sociedad, que no sirven a ninguna nacion!»

—¿Mas esto no hará decrecer la emigracion?—argüí.

El anciano afirmó con la cabeza.

—El tiempo se encargará de cerrar a esa canalla las puertas de América. Si no ocurre así, como llevará cada cual algun oro... el emigrante beneficia al pais... Ademas, urje ahora ampliar el plazo para adquirir los derechos civiles. En breve, será menester abolirlos por completo. Trabajen cuantos quieran laborar por los americanos, pero sin que por esto ello fuerce a que se les reconozca ciudadanía en América. Ya hai bastantes americanos. Cada uno de ellos vale para contribuir por sí solo a aumentar la poblacion. Todo esto depende del gobierno. Todos debemos ser accionistas de la hacienda industrial; de esta suerte serviremos mas rápida i fácilmente a los intereses de la nacion. Ahora me conviene comprar a los senadores para convencerles de mi necesidad... de descansar. Mañana seria inútil...

Suspiró i movió la pierna, prosiguiendo:

—Para entender, segun se debe, la vida, precisa mirarla desde la cima de un monte de oro.

—Espuestas sus ideas políticas—dije,—¿qué piensa de la relijion?

—¡Oh!—esclamó, golpeándose las rodillas i arqueando enérjicamente las cejas.—¡Este tema me place en estremo! La relijion es una cosa necesaria al pueblo. Lo creo sinceramente. Yo mismo predico todos los domingos en la iglesia...

—I ¿qué decis?

—Todo lo que un fiel cristiano puede decir en el templo. Bies es verdad que predico en una parroquia pobre; los pobres necesitan siempre una predicacion cariñosa, una enseñanza fraternal... Yo les digo a mis feligreses...

Durante un segundo, su rostro resplandeció candorosamente; mas de pronto crujieron sus dientes i se elevaron sus ojos al techo de la habitacion, donde innúmeros cupidillos velaban púdicamente las desnudeces de una opulenta matrona cuya piel se asemejaba a la de un cerdo de Yorkshire. Sus ojos incoloros reflejaban en sus concavidades los varios tonos del cuadro, lanzando rayos de todos colores. Luego comenzó con voz suave:

—¡Hermanos i hermanas de Cristo! No os abandonéis a las sujestiones del astuto demonio de la envidia: huid todas las cosas terrenales. La vida es breve; el hombre trabaja cómodamente hasta los cuarenta años; luego ya no le admiten en las fábricas. La vida es incierta. ¡Sois trabajadores; un falso movimiento del brazo i la máquina os tritura los huesos; una insolacion, i se acabó todo! ¡Por doquier os acechan las enfermedades; por doquier los infortunios! El pobre se asemeja a un ciego colocado sobre el tejado de una casa elevada: por donde quiera que avance, se abre el vacío ante sus pies i puede estrellarse... como ha escrito el apóstol Santiago, hermano de Judas. ¡Hermanos! No cuidaros de la vida acá en el mundo; esta es una creacion del demonio, ansioso de vuestras almas. Vuestro reino, hijos amados de Cristo, como él de nuestro Padre, no es de este mundo, sino que está en los cielos. Recorred, pues, con paciencia, sin lamentos ni vacilaciones, hasta su término vuestro camino terrenal. Dios os recibirá en las excelsitudes del Paraiso i compensará con dulzuras eternas vuestros sinsabores de ántes. Esta vida es sólo un purgatorio para vuestras almas: miéntras mas padezcáis aquí, mas seréis glorificados allá en el cielo, segun atestigua el mismo apóstol Judas.

I señalando con la mano hácia el infinito, reconcentróse en sí mismo, prosiguiendo, despues de corta pausa, con tono severo i frío:

—Sí, hermanos! Toda esta vida es vana i mezquina si no la consagramos al amor del prójimo, sea este quien fuere. ¡No abandonéis vuestro corazon al demonio de la envidia! ¿Qué podéis envidiar? Los bienes terrenos son despreciables, son acechanzas del infierno. Todos, ricos i pobres, reyes i mineros, banqueros i criados, hemos de morir. En la celestial Jerusalen, acaso los mineros sean reyes, miéntras éstos recojan del suelo las migajas que sobren de la comida de aquéllos. ¡Hermanos! ¿Qué merece vuestra atencion en este mundo, negra selva del pecado, donde el alma vacila como un niño? Ganad el cielo por las vías del amor i de la dulzura; sufridlo todo en silencio. Amaos unos a otros; nada os enemiste...

De nuevo movió los ojos, i, arrenellándose en la poltrona, continuó:

—Nunca querais atender a los sofismas que inocula en vuestros cora-

zones el sentimiento pecaminoso de la envidia, haciendo resaltar la miseria de los unos i la opulencia de los otros. Esos sofismas son los satélites de Satanas. Guardaos de envidiar al prójimo. A pesar de todo, los ricos son pobres, porque casi nadie los ama. «¡Amad a los ricos, porque son los hijos predilectos del Señor!», predicaba Judas, hermano de Jesus, pontífice del templo. ¡No escuchéis a los propagandistas de falsas igualdades i demas invenciones diabólicas! ¿En qué podemos ser iguales sobre la tierra? ¡Procurad serlo únicamente en la pureza de espíritu ante los ojos de Dios! Llevad pacientemente vuestra cruz, i esta misma resignacion os alijerará el peso. Dios está con vosotros hijos míos. ¿Que mas queréis?

Calló el viejo, quien en una prolongada sonrisa volvió a lucir sus dientes de oro, mirándome luego con aire de triunfo.

—¡Sabeis aprovecharos de la relijion!—esclamé.

¡Oh, sí! Conozco su valor—dijo.—Os repito que la relijion es indispensable al pueblo. ¡Que me place! «Sobre la tierra pertenece todo al demonio—enseña ella.—El hombre, para salvar su alma, no debe desear ni poseer nada en el mundo. Gozarás la vida despues de morir; te aguarda un cielo eterno.» Cuando la jente cree estas cosas, se la maneja fácilmente. ¡Que duda cabe! La relijion es como el aceite: cuanto mas engrasemos con ella la máquina de la vida, tanto ménos se desgastará i mas fácil será la mision del maquinista...

—¡En verdad que es un rei!—concluí, i con sumo respeto pregunté a este guardador de cerdos:—I vos mismo, ¿sois cristiano?

¡Oh, sí, evidentemente!—esclamó con fe profunda, añadiendo con gravedad solemne:—Pero soi tambien americano, i, como tal, moralista austero...

Su rostro adoptó una espresion dramática.

—¿Qué quereis decir?—le interrogué, bajando la voz.

—¡Esto quede entre nosotros! Un americano no puede reconocer a Cristo.

—¿No puede?—murmuré tras de una pausa.

—¡Seguramente!—afirmó, siempre a media voz.

—¿Por qué?—insistí.

—¡Porque era hijo natural!—dijo el anciano, mirando a su alrededor. —¿Comprendéis? Un hijo natural, en América, no sólo no puede ser Dios, sino ni siquiera un modesto funcionario. Ninguna sociedad, aun la mas tolerante, puede acojerle. No hallará una muchacha que quiera casarse con él ¡Oh! ¡somos mui austeros! Ved cómo de reconocer a Cristo deberíamos reconocer por fuerza a todos los hijos naturales como jentes de bien... aun siendo sus padres un negro i una blanca. ¿No seria esto horrible? ¡Ah!

Ello debia ser así, porque los ojos del viejo tiñéronse de un color verdoso, asemejándose a los de un buho.

—Respecto al negro, ¿es en absoluto inadmisible reputarle como un hombre?—le pregunté, inquiriendo la moral de los paises demócratas.

—¡Vaya una pregunta!—repuso irónicamente.—¡No haber nacido negros! Nosotros acorralamos al negro apénas sabemos que vive con una blanca... la cuerda al cuello i en el primer árbol... sin mas ceremonias. Somos severísimos en órden a la moral....

Ahora inspirábame el mismo asco que se esperimenta ante un cadáver putrefacto. Empero era preciso llegar al fin. Así, proseguí preguntándole sus opiniones sobre cuanto atañe al proceso de lapidacion de la verdad, de la libertad, de la razon i de todas las excelsas prerrogativas en que tengo fe.

—¿Qué pensais del socialismo?

—Los socialistas son, en primer término, los secuaces del diablo—respondió, golpeándose las rodillas.—Los socialistas son la savia, en la máquina de la vida; la savia que, esparciéndose por todas sus ramas, vigoriza el trabajo normal del mecanismo.

Por vez primera pude advertir de modo clarísimo la fuerza del influjo del dominio amarillo: del oro. Los frájiles huesos del anciano postrado por la gota i la artritis, su cuerpo débil i flaco, enfundado en un saco de piel vieja; toda aquella pequeña masa de órganos ruinosos, eran esclavos de la áspera i cruel voluntad del áureo enjendrador de la farsa i de la depravacion del espíritu. Los ojillos del viejo brillaban como dos monedas recien acuñadas: toda su persona tornábase mas ríjida i seca. Ahora parecia un criado, no ocultándoseme quién era su señor.

—¿Qué opinas del arte?—seguí preguntándole.

Miróme, pasó la mano sobre su rostro, cambiando, hasta hacerla casi infantil, su anterior espresion, algo áspera.

—¿Qué decís?

—¿Qué opinais del arte?

—¡Oh!—contestó con calma—. No me preocupa; le compro...

—Lo sé. Pero acaso tendreis en este punto ciertos gustos e inclinaciones especiales.

—¡Ah! Sí; tengo mis exijencias... El arte debe ser divertido. Necesito que me haga reir. Debe exitar mi alegría. Es indispensable aliviar de cuando en cuando el cerebro con algun calmante... talvez con algo que exite las enerjías del cuerpo... Para los *reclamos* conviene emplear los colores mas chillones. Ellos meten el *reclamo* por las narices del público, aun del mas distanciado, reembolsando siempre el dinero que cuestan. Prefiero en las estatuas i en los objetos de arte el bronce al mármol i a la porcelana, para que la servidumbre no los rompa. Me gustan las riñas de

gallos i la caza del raton. Las he visto en Lóndres... El *boxeo* es en sí algo bueno, pero sin exajerarlo hasta el homicidio... La música debe ser patriótica. Un pasodoble es siempre bello; el mas hermoso himno es el americano. América es el mejor pais del mundo; por eso la música americana es la mas inspirada. Se hace indefectiblemente buena música allí donde la jente es honrada. Los americanos son los mas honrados del munddo. Así son los mas ricos. Por eso no trascurrirá mucho tiempo sin que el Universo sea nuestro...

Atendía yo la petulancia con que hablaba este farsante enfermo, pensando fundadamente en los salvaje de Tasmania. Mui cierto que éstos son caníbales, pero tienen mui exquisito i educado hasta cierto punto el sentido estético.

—¿Frecuentais el teatro?—dije al viejo servidor del demonio amarillo para atajar sus majaderías sobre los pueblos que habia profanado con su vida.

—¿El teatro? ¡Oh, si! ¿Pero eso es arte?

—¿I qué os gusta del teatro?

—Me gusta ver muchas mujeres escotadas i sentarme en sitio desde donde las puedo contemplar a capricho —repuso tras de breve reflexionar.

—¿Qué preferís del teatro?—continué casi desesperado.

—¡Oh!—esclamó—; las artistas i algunas otras cosas... Si la artista es jóven i bella, dominará siempre el arte. Mas, es difícil reconocer cuáles son verdaderamente jóvenes. ¡Finjen tan bien! Se comprende; es su oficio.

«A veces ocurre pensar: «¡Ah! ¡ah! he ahí una buena muchacha.» I despues se descubre que tiene cincuenta años i que se ha acostado lo ménos con doscientos amantes. I esto a nadie agrada... Las artistas de circo son preferibles a las de teatro. Casi siempre son mas jóvenes i mas graciosas...»

Era evidente que conocia a la perfeccion la materia. Por eso yo, pecador impenitente, enfangado toda mi vida en la culpa, aprendí de él muchas enseñanzas.

—¿Os gusta el verso?

—¿El verso?—repuso mirándose las botas i frunciendo la frente.

Luego de pensar un instante i después de alzar la cabeza, en cuyo movimiento volvió a lucir sus dientes, repitió:

—¿El verso? ¡Oh, sí! El verso me gusta mucho. La vida será mui divertida cuando todos hablen en verso.

—¿Qué poeta prefiere usted?

Miróme de reojo, contestando pausadamente:

—¿Qué dice?

Repetí mi pregunta.

—¡Hum... sois divertido!...—gruñó, moviendo con aire dubitativo la cabeza.—¿Por qué sentir simpatía hacia un poeta?

—¡Perdonad!—esclamé enjugándome el sudor de la frente.—Desearia saber cuál es vuestro libro favorito, escluyendo ¡claro está! el libro de los *cheques*...

—¡Oh; esto es otra cosa!—dijo.—Mis libros favoritos son la Biblia i el *Libro Maestro*. Ambos inspiran la intelijencia. Apénas abro sus pájinas; siento en toda su intensidad cuanto ellos refieren...

—Este hombre se burla de mí—pensé, i le miraba fijamente.

No. Sus ojos desvanecieron toda duda a cerca de la sinceridad de aquel niño viejo. Apoltronado en su butaca como un nogal seco en su corteza, veíase al punto que estaba convencido plenamente de la veracidad de sus palabras.

—¡Sí!—prosiguió despues, mirándose las uñas—; ¡son dos libros inmejorables! Uno fué escrito por los profetas: el otro lo escribí yo. Mi libro consta de mui pocas palabras. En él solo hai cifras. Enseña todo lo que un hombre puede conseguir, trabajando honradamente. A mi muerte, el gobierno deberá publicar mi libro. Que el mundo aprenda qué vida es preciso vivir para escalar estas alturas.

I con el gesto triunfante de un vencedor, me indicó cuanto le rodeaba.

Comprendí que debia dar por concluida nuestra entrevista. No todas las cabezas pueden soportar impunemente el ser coceadas...

—¿Queréis decirme algo de la ciencia?—le pregunté timidamente.

—¿La ciencia?

Alzó las manos, escudriñando con los ojos en el vacío. Despues tomó el reloj, miró la hora, i arrollando en torno de un dedo la cadena, hizo oscilar en el aire el cronómetro; luego, suspirando, habló así:

—¡La ciencia... sí, ya lo sé! Son los libros. Si ellos hablan bien de América, son libros útiles.

«Pero es raro que los libros digan la verdad. Esos poetas... que los escriben, creo yo que saben poco. Forzados a hacerlos, no tienen tiempo de leer... Sí; los escritores son malos; por eso ninguno compra sus libros.

«El Gobierno debe retribuir esplendidamente a los que escriben libros. El sabio es siempre bueno i alegre. Sábese que, en tésis jeneral, si queremos libros que traten de América, se subvenciona a los buenos autores i se tienen entónces todos los libros necesarios a ese objeto. He aquí todo.»

—¡Interpretais harto mezquinamente la ciencia!—noté.

El anciano cerró los ojos, quedando pensativo. Abriéndolos de nuevo, continuó con tono firme:

—Parécenme bien, si ellos enseñan, los filósofos... ¡cuán pura es así la ciencia! Profesores, institutrices, dentistas... abogados, médicos, inje-

nieros. *All right.* Es necesario. La buena ciencia... no debe enseñar el mal... Mas un maestro de mi hija me dijo en cierto dia que hai ciencias eminentemente sociales... No comprendo esto. Creo que es hasta peligroso. Una buena ciencia no puede derivar de un socialista. Los socialistas no deben poner sus manos pecadoras sobre la ciencia.

«En un pais bien gobernado no debe haber socialistas. En América hai muchos. Esto significa que en Wáshington las jentes no tienen una nocion clara del propio deber.

«El Gobierno debia despojar a los socialistas de todos los derechos civiles. No vacilo en decirlo: el Gobierno debia tener mas apego a la vida. Por eso todos sus miembros deberian ser elejidos entre los millonarios.»

—¡Es usted mui imparcial!—exclamé.

—¡Oh, sí!—murmuró él.

Su fisonomía habia perdido en absoluto su carácter infantil, exteriorizándose su oculta ambicion. Ocurrióme saber qué pensaba del arte.

—¿Que pensais?...—inicié; pero él, alzando un dedo, dijo:

—En la cabeza del socialista anida el ateísmo, i en su vientre, el anarquismo. El diablo presta a su espíritu las alas de la locura i del odio... Para la lucha contra el socialismo se necesitan la relijion i los soldados. La relijion, contra el ateísmo; los soldados, contra la anarquía. Si se procura llenar la cabeza del socialista con el plomo de las predicaciones relijiosas, nada estraño es, por tanto, que el ejército se encargue de llenar de plomo su panza...

Meneó la cabeza como quien está convencido de la bondad de sus palabras, prosiguiendo con voz segura:

—La fuerza del demonio es enorme.

—¡Oh, sí!—asentí de buen grado.

—La ciencia es inútil i amena como la de Edison: el fonógrafo, el cinematógrafo; he aquí inventos útiles. Entretanto, muchos libros de ciencias son perfectamente inútiles... Los hombres no deben leer los libros que pueden hacer surjir en la mente... dudas. Todo ocurre en el mundo como debe ocurrir... i no hai por qué mezclar los libros con los negocios...

Me puse en pié.

—¿Os marchais? me preguntó.

—Sí—respondí—He abusado bastante de vuestra bondad. Solamente me resta saber qué placer hai en ser millonario.

En vez de contestarme, empezó a desesperarse i estirar las piernas. Acaso era su modo de reir.

—¡Es una costumbre!—exclamó alentado.

—¿Qué costumbre?—interrogué.

—Ser millonario.

—Ser millonario... ¡es una costumbre!

Medité levemente i le dirijí mi última pregunta:

—¿Creeis que los vagos, los fumadores de oro i los millonarios son manifestaciones de un ámplio órden social?

Esta cuestion debió ofenderle, porque irritáronse sus ojos, inyectados de bilis hasta aparecer verdes, i me respondió seca, desabridamente:

—Me parece que estais mui mal educado.

—¡Adios!—esclamé

Acompañóme galantemente hasta la puerta, deteniéndose en el último tramo de la escalera a curiosear con atencion la punta de sus botas. Ante su casa estendíase una plazoleta cubierta de espeso follaje verde... Yo me alejaba resuelto a no volver a tropezarme con semejante hombre.

—¡Esperad!—oí gritar detras de mí.

Me volví. Él permanecía en el portal i me esperaba.

—Decid. ¿Hai en Europa algun rei del progreso?—me preguntó pausadamente.

—Creo que todos los monarcas europeos son progresivos—repuse.

Escupió i dijo:

—Necesito dos... pero buenos.

—¿Para qué?

—Para *boxear* aquí en esa plaza... a la una i media todos los dias. ¡Ah! despues de la cena conviene dedicar media horita al arte... ¿me comprendeis?

Hablaba sériamente, no cabiéndome duda que se esforzaria hasta el último estremo por realizar sus deseos.

—¿Por qué necesitais un rei para esa empresa?—le pregunté.

—¡Seria una novedad en América!

—¡Pero si los reyes sólo se baten con los brazos ajenos—dije, i comencé a alejarme

—¡Alto!—gritó otra vez.

Me detuve de nuevo. Continuaba en el portal, con las manos a modo de bocina junto a la boca.

—¿Qué deseais?—esclamé.

Humedecióse los labios, voceando con parsimonia:

—¿Cuánto creeis que costarán dos reyes para ese *boxeo*, media hora diaria durante tres meses?

De PEDRO PRADO

Meditacion de Primavera

Suave mañana pura,
en la que el alma siente la dulzura
de la primavera.
Oh! las verdes hojas
que retornan, como dulces recuerdos
a una feliz memoria. Oh! nubes blancas
como grandes flores mecidas por el viento
en el campo ilimitado de los cielos!

Una grande inquietud a mi me embarga
al llegar vuestro turno, primavera;
inquietud temblorosa que recuerda
la del que vive en una ansiosa espera
de un bien por llegar, i del que duda.

Pasan los dias del invierno,
i la tierra monótona presenta
una triste vision. Los árboles
desnudos, nada tienen
que los haga apetecibles.
A las enormes montañas que levantan,
como un ejemplo eterno,
su deseo a los cielos,
las ocultan las nieblas.
Cuando todo se borra
i todo rumbo sólo oculto queda,
una duda profunda a mi me embarga,
un intenso temor de que no vuelva
a lucir otra vez la primavera!

Yo os admiro, maravillosa memoria de los años,
consecuente evolucion que se renueva
una vez i otra vez en toda cosa;
recuerdo imperdurable que se oculta
en todo lo que ha sido, para ser,
alma misteriosa que se encuentra

de las altivas rocas a los hombres,
llenando el vasto mundo!
Años que nos dicen de otros años,
hijos que reviven a sus padres,
olas que revientan en la playa
con la misma eterna agua....

Las ramas inmóviles i muertas
resucitan; ya el viento
puede cantar con un murmullo suave
i el sol, que las baña dulcemente,
estender las apacibles sombras.
I cuán aliviadores pensamientos
nacen en mí, como otras flores,
a perfumar el eterno descontento
que por toda vida inconsecuente llevo.
Meditaba en tu continuo vaiven,
cadena de los tiempos; pensaba
en la inconstancia por renovacion
que existe en todo el universo:
en la bondad oculta de los malos,
como ignorada i pequeña inflorescencia
de una hierba venenosa i despreciada;
en el invierno que os despoja,
árboles seculares, como sabios
cuyo amparo no alcanza hasta la duda;
en el error que sigue a la verdad;
en el bien que camina tras el mal;
en la belleza que brota
allí donde todo parecia imposible...!

De TOMAS GUEVARA

Un episodio de la guerra de tríbus en la Araucanía

El que en busca de datos de etnografía se ve precisado a visitar a los viejos caciques de la Araucanía, va sabiendo poco a poco episodios interesantes sobre aventuras guerreras, lances personales, asaltos a las posesiones chilenas o arjentinas para apoderarse de un botin abundante i, particularmente, de alguna mujer de oríjen español, tesoro que el jefe llevaba con soberano orgullo al serrallo de su reduccion.

Al cacique de noble estirpe o de familias que desde tiempos antiguos han ejercido papel predominante en alguna comarca, le agrada en estremo dar a conocer las hazañas de sus antepasados, excitar la admiracion de su interlocutor.

Entre esos recuerdos de los viejos caciques, narrados con gran acopio de pormenores i completo olvido del tiempo en que se efectuaron, interesan de preferencia las agresiones permanentes en que vivian las tribus, tanto porque en ellas se sucedian hechos dramáticos e insólitos, cuanto porque esas luchas internas dan una idea cabal de la organizacion social de todo el territorio araucano.

En las reducciones que ántes se llamaron de Temuco, al poniente de la ciudad del mismo nombre, se conserva la tradicion de una matanza de araucanos de este lugar que hicieron sus conjéneres del otro lado de los Andes. Cuando algun narrador de la familia del jefe que sucumbió en esta jornada reseña sus incidencias emocionantes, la sed de venganza atávica se dibuja en su fisonomía, i de esta ira reconcentrada parece que participan tambien sus oyentes.

En el primer tercio del siglo pasado, residia en una de las belicosas agrupaciones de Collico, cerca del pueblo actual de Ercilla, un cacique jóven i brioso llamado Nahuelhuen, tigre de arriba. Sintiéndose quizas estrecho en la tierra de sus padres, donde lo amenazaban de continuo las tropas chilenas que contenian las escursiones araucanas o que tomaban contra ellas la ofensiva, corrióse mas al sur con su jente i tomó posesion de la vasta zona comprendida entre Temuco i Pillanlelvun, a la manera de esos audaces conquistadores castellanos que dos siglos i medio ántes se habian adueñado del suelo de sus mayores.

Al correr de algunos años, los dominios de Nahuelhuen habian prosperado: deudos suyos, aliados i dependientes, ocupaban feraces i estratéjicos terrenos, sin solucion de continuidad; los animales se multiplicaron fácilmente i trescientas lanzas podian movilizarse en un momento dado.

Nahuelhuen provenia de nobles abolengos: su primo era aquel famoso cacique Mangil, caudillo de los arribanos, partidario del rei en la guerra feroz de la independencia, batallador infatigable mas tarde contra los soldados de la república i realmente dotado de una mentalidad superior a los tipos idealizados por Ercilla.

Tal prosperidad elevó el crédito y la reputacion del cacique de Temuco a jefe de primera fila, temido para el *malon* i buscado para alianzas. Rico *ulmen*, i fuerte, constituia la espresion ideal del poderío araucano.

Hallábase así en condiciones de comprar muchas mujeres. Sus animales sobraban para pagar el valor de las bellezas de su agrado i el poder de sus lanzas era un aliciente para los caciques colindantes: las uniones matrimoniales tenian el carácter de alianzas entre familias de reconocido ascendiente sobre las demas.

Huichacura, su vecino del lugar de Collahue, un poco al sureste de Temuco, le entregó la mejor de sus hijas. Provino de esta union la familia indíjena de los Lienan, dueña de la reduccion tomada i estendida por su fundador i por consiguiente de las tierras en que se fundó la próspera ciudad de Temuco. Era este Huichacura un cacique belicoso, enemigo de los patriotas i con influencia que se dilataba desde las orillas del Cautin hasta donde alza el volcan Llaima su cono de bruñida plata.

Hacia, a menudo, terribles invasiones a las estancias de la provincia de Buenos Aires, de donde volvia arreando los animales arrebatados en el *malon* o trayendo en las ancas de su caballo alguna cristiana cautiva.

En una de estas entradas de Huichacura a la Arjentina, llevó consigo a un moceton de nombre Calvucura, hijo de un cacique de Llaima, mancebo de porvenir dentro del concepto indíjena, es decir, diestro en el manejo del caballo i la lanza, astuto para tender trampas al enemigo, disimulado en sus proyectos, cruel con sus adversarios, impulsivo en sus actos.

Al regresar al hogar paterno de Llaima, el jóven Calvucura se detuvo en la comarca de la pampa denominada «Salinas Grandes» i armó, con otros mocetones de espíritu tan aventurero como el suyo, su solitario tolderío: ahí tenian caza abundante de avestruces i quedaban a pocas jornadas de lugares que ofrecian un botin seguro.

El grupo fué creciendo, i en el trascurso de algunos años tomó las proporciones de pequeña nacion araucana, con 20 mil habitantes, 3 mil lanzas, terror de las estancias mas inmediatas i en eterno choque con las guarniciones arjentinas. Manejábala con facultades omnímodas Calvucura i servia de estacion a las indiadas chilenas que pasaban a merodear a la provincia de Buenos Aires.

El yerno de Huichacura, Nahuelhuen, odiaba con toda la intensidad del bárbaro al cacique Colipí, del norte. En el primer tercio del siglo pasado, el cacique Lorenzo Colipí ejercia un mando tan real como absoluto en

la zona comprendida entre Puren i Angol. Tenia su vivienda en las cercanías del sitio que hoi ocupa el pueblo. Jefe de los abajinos, patriota amigo de Freire i Búlnes, partidario del gobierno i ausiliado por sus fuerzas, debia ser, en consecuencia, enemigo irreconciliable del poderoso Manguil. Ambos vivian acechándose; el que se descuidaba, veia de repente agredida la reduccion de algun pariente o aliado.

Por cierto que Nahuelhuen pertenecia al bando de su primo Mangil. Cuando la ocasion se presentaba favorable, se lanzaba, en compañía de algun cacique vecino, sobre las tierras de Colipí. La inquietud del dueño de la Araucanía norte era perpétua; no perdia de vista al guerrero rival de Temuco.

Allá por el año 1852, Nahuelhuen encabezó un plan de *malon* a la provincia de Buenos Aires. Juntó como 400 lanzas, secundado por Inal, cacique de Cholchol; Nahuelhual, de la misma rejion, i Huircan de Voroa.

Tenian en perspectiva un copioso botin. Cuando el éxito estimulaba la modalidad guerrera del indio, las alianzas se hacian fáciles, se ensanchaban con rapidez; todos querian participar de los despojos del enemigo. Pero, cuando el fracaso aplastaba un grupo, los otros permanecian indiferentes o sólo tomaban sus precauciones para ponerse a cubierto de igual suerte.

La banda araucana de Temuco i Cholchol se pone en marcha; atraviesa la cordillera i llega a «Salinas Grandes,» donde dominaba Calvucura. Presentan sus regalos al compatriota de Llaima, entónces en el auje de su dominacion de la comunidad independiente fundada por él; le piden, respetuosos, el paso, a lo que accede sin dificultad. Se internan por la inmensa pradera Arjentina.

Tras ellos llegó a «Salinas Grandes» una partida de 300 jinetes que Colipí mandaba adonde Calvucura con proposiciones de dar a los otros una sorpresa a su regreso. El plan se acepta i se acuerdan los pormenores de su ejecucion.

Ocultáronse los *conas* de Colipí en pequeños destacamentos i esperaron con paciencia la vuelta de los espedicionarios.

Al fin, éstos se presentaron cargados de botin i con recuas numerosas de animales. Acamparon no léjos de la habitacion de Calvucura.

Aquí los fatigados escuadrones de Nahuelhuen i de Inal se entregan al reposo, a la comida abundante de carne de yegua i al consumo del licor disponible. Cuando los vapores de la chicha i del aguardiente habian adormecido la ferocidad de los recien llegados, se presenta Calvucura a los grupos alegres i entra con ellos en trato para cambiarles sus lanzas por animales i licor. Muchos cayeron en el engaño.

Desarmados unos, dormidos otros, el *malon* para los de Colipí no ofrecia seria dificultad. Acercáronse cautelosamente; estrecharon el círculo.

A una señal dada, caen sobre sus desprevenidos enemigos con un vocerío atronador. Los sorprendidos no tienen tiempo para defenderse: muchos son lanceados al incorporarse, pocos saltan sobre sus caballos para huir en pelo, pero luego caen derribados de una lanzada. La matanza es jeneral i el campo queda sembrado de muertos en una área dilatada, entre ellos los cuatro caciques.

Uno que otro sobreviviente consigue internarse en la llanura sin fin, remontar los Andes i llegar al suelo natal con la noticia de tamaño desastre.

En 1873 Calvucura sucumbió al peso de los años i de las hazañas de la vida nómada.

Sucedióle su hijo Manuel Namuncura. En 1878 las fuerzas arjentinas emprendieron una campaña asoladora contra las indiaadas de la pampa. La monarquía de Calvucura fué barrida i los restos que escaparon con vida huyeron a Chile. Namuncura vino a pedir refujio a los descendientes de Huichacura de Collahue, aquel viejo que habia llevado a su padre a los asaltos del otro lado de la cordillera.

Mangil i Colipi ya no existian. Gobernaba la reduccion de Temuco un nieto de Nahuelhuen, el cual, por atenuarse los efectos de la venganza en jeneraciones lejanas, no hizo responsable al hijo de la felonía de su padre.

Namuncura volvió a su patria amnistiado, i ahí murió hace pocos años en calidad de ciudadano arjentino.

De CÁRLOS VAZ FERREIRA

Leyendo a Verlaine

Los procedimientos de estas escuelas son una tentativa (es algo que hemos comprendido mejor despues de James i Bergson) para espresar con palabras nuestro psiquismo no discursivo: esa realidad mental «fluida», de que no es espresion adecuada el pensamiento lójico, esquema, ni el lenguaje, esquema de ese esquema. Por contradictorio que sea ese esfuerzo para espresar por la palabra lo que es rebelde a la palabra, se obtiene con él un poco, un principio de lo que desearíamos: *sujerimos* algo del psiqueo inexpresable. Lo que resulta hermoso i bueno, ya sea, ese psiquismo no discursivo, del comun a todos los hombres o a algunos — materia simpatizable, — ya sea del esclusivamente personal, porque entónces damos un vislumbre de nuestro tesoro interior.

Comprender esto, nos hace mas simpático lo sincero de esas escuelas. I tambien (lo que espanta e indigna, teniendo en cuenta la cantidad de engaño, de exajeracion, de artificio, de *pose* i de *snobismo* que se pone en esos procedimientos, i tambien la gran disposicion de ellos, mayor todavía que en los corrientes, para hacerse mecánicos i perder el espíritu) sentimos que hai una responsabilidad inmensa en manejar procedimientos que muerden hasta una rejion tan honda de las almas.

I, precisamente, la verdad, la justeza, es mucho mas difícil de obtener i de discernir en la espresion del psiqueo fluido que en la esquematizacion discursiva, porque la falsedad no consiste ya en dar una idea por otra, lo que es grosero, sino en dar un matiz, un grado, por otro. Hai la misma diferencia que entre tocar mal el piano i tocar mal el violín: en el piano se toca una nota por otra, lo que es fácil de evitar i fácil de percibir: ese instrumento de notas fijas es el pensamiento discursivo, con sus ideas «solidificadas» por la accion de las palabras. Pero en estas otras tentativas, la determinacion de lo verdadero, la discriminacion de lo sincero i lo insincero, son cuestiones de afinacion, de una delicadeza infinita.

De ERNESTO A. GUZMAN.

La sencillez con uno mismo

Pedro Prado observaba «que nosotros no nos sentimos siempre los mismos ante la presencia de diferentes personas.» I si esta conciencia de diversidad personal no es otra cosa que el conocimiento de la natural *adaptacion* de nuestra mentalidad a las mentalidades ajenas, que en el vaiven de la vida sensible solicitan, pasajera o permanentemente, nuestra atencion, qué de estraño tiene el que este mismo proceso, involuntario en fuerza del hábito, sea tambien la médula constitutiva de nuestra manera de espresion! En efecto, es en la accion del lenguaje donde se nos hace mas visible nuestra heterojeneidad personal: a menudo, lo que hai de mas simple en nosotros nos es revelado por la estructura de nuestras frases i el ritmo de nuestras palabras, como bastan tambien ellas para darnos la vislumbre de lo que tenemos de complicado. Cuando hablamos al niño, nos representamos su mentalidad en formacion i, como consecuencia, la calidad de su bagaje de palabras. En esta tarea de hacernos comprender de él i de encadenar su voluntad a la nuestra, empleamos las voces que le son familiares, en frases cuya estension no rebase su capacidad de cojer la totalidad de la idea. Nadie empleará con un pequeño de cinco años, pongo por caso, ni vocablos de tecnicismo filosófico ni períodos desmesurados. En ocasiones, hasta llegamos a conversarle con sus propios balbuceos. Si nuestra palabra se dirije a caer en el espíritu desconfiado de un campesino, el que ve siempre en el superior o un jesto de burla o una mano que impone, un trabajo de adaptacion de todo nuestro cuerpo precederá al de la cabeza i al del lenguaje. I nuestro hablar, buscando el calor del suyo, dirá, si del estado de las sementeras se trata, de trigos *huelanes,* de *echonas* nuevas, del tiempo del soplillo o del *anchi.* Si a estas capacidades síquicas suceden las del jóven, del hombre comerciante, militar, periodista, catedrático, médico etc., el mismo buscamiento en nosotros de mentalidad correspondiente, el mismo proceso de adaptacion del lenguaje trataremos de verificar. En la estensa trama de nuestro intercambio espiritual, nada hai que escape a nuestra consideracion de lenguaje que, con respecto al *medio* tomado en cuenta, hacemos los hombres.

Si del lenguaje hablado pasamos al escrito, el mismo doble fenómeno que en aquél, la misma tarea de acercamiento se nos presenta. Los libros, revistas, periódicos, destinados a determinados círculos de indivíduos, llámense éstos de abogados, de injenieros, de agricultores, de mineros, de comerciantes, hablan, cada uno en el dialecto respectivo, de lo que a sus lectores interesa.—El periodista, que desde las columnas de su diario dice a su enorme público lo que éste desea saber, tiene que ahogar, bajo

la frase que en esa diversidad de cabezas ha de caber, su lenguaje íntimo i levantar a flor de pluma el mas tradicional. Es el caso del hombre doloroso por ausencia de si mismo ante los demas. Cierto es que, en la jeneralidad de los casos, su oido, deshabituado al dicernimiento, toma como diamantino aplauso el aprobar de tantos autómatas mentales. Es el mismo bregar de tantos autores.

Pero los hai tambien que fijan su mirada en otros horizontes. Cuando principiamos a leer por cuenta propia, dejando de mano a los tutores espirituales; cuando nos vamos enterando por nosotros mismos del pensamiento de los demas i un trabajoso esfuerzo de seleccion nos va ensanchando nuestra vida interior, insensiblemente vamos formando tambien una estructura a nuestro pensamiento i la corteza de nuestra espresion. Los centenares de libros entusiastamente leidos i admirados, van allegando su hebra a esta predisposicion de escritor, ignorado por nosotros mismos. Quien ha sido fuertemente atraido por obras de diversa índole durante larga decena de años, ha de encontrar en ellas el jénero que despierte al *yo* mas hondamente arraigado en su alma, subordinando desde entónces a todos los demas. Sus solicitaciones filosóficas, por ejemplo, lo llevarán al trato con los fuertes i los áridos de pensamiento, quienes lo habituarán a sumerjirse en las cosas ajenas a los hombres tranquilos. Un lenguaje armónico se le ha ido formando lentamente, sencillamente; porque no en vano aquellas aguas han ido arrastrando sobre su lecho un sedimento fecundo, ahito de jérmenes i de semillas. Sumerjido ya en esa selva, todo su organismo resulta saturado de ella, i no habrá en su sangre ritmo que no responda al llamado del ambiente que se la ha recargado de oxíjeno. En este ejercicio continuado, su musculatura síquica se ha ido robusteciendo, flexibilizándose. I como nada, dice el formulador de *la lei del hábito*, pasa impunemente por nuestros nervios sin dejar en ellos un recuerdo que se despierta ante una nueva e idéntica solicitacion, nuestra adaptacion ha surjido sin esfuerzo. Si llegado ya a esta postura de vida se siente imperiosamente el llamado de uno mismo, porque lo que le ha ido naciendo en lo hondo i acumulándose allí golpea con ánsia fervorosa en demanda de salida, ¿qué será lo que diga sino lo que crea que tenga que decir, i en qué forma de espresion sino en la propia con que tenga que hablar a aquéllos a quienes va a dirijir sus palabras? Al mostrar nuestra fuerte vocacion, no hemos de tener en cuenta a todos los hombres, sino a aquéllos que pueden i deben recibirla, i para ellos i en su lenguaje hablamos. Lo que necesitamos decir sale con su propia enerjía i con el traje lingüístico que tenia ya ántes de nacer. Sus harapos le pertenecen, i en su semi-desnudez debe sentírsele con ellos. La sencillez con uno mismo es lo que se debe pedir, porque es la sinceridad, i ésta es lo sagrado de cada hombre.

De WILLIAM JAMES.

Walt Whitman

Walt Whitman, es considerado por muchos de nosotros como un profeta contemporáneo. Ha abolido las distinciones entre los hombres, ha roto con todos los convencionalismos, i difícilmente ama o celebra un atributo humano que no sea comun a todos los miembros de la raza. Por esto es una especie de vagabundo ideal: un caballero errante de los imperiales de *los ómnibus* o de los barcos de vapor, i tanto, si se le considera desde el punto de vista práctico, como desde el punto de vista académico, es un sér sin valor, perfectamente improductivo.

Sus versos son simples hilos de cosas sin tema, sin verbo, series de interjecciones hasta perder el *fiato*. Ha sentido el movimiento de la muchedumbre con el mismo arrebato con que Wordsworth sentia la montaña: lo ha sentido como una presencia, significativa como ninguna, tanto que el mero hecho de absorber en ella la propia mente constituye para él una tarea bastante a llenar la vida entera de un hombre de bien, acostumbrado a tomar las cosas por el lado serio.

He aquí lo que siente nuestro profeta cuando encuentra el barco de Brooklin: (1)

«¡Onda que surjes bajo mis pies! Yo te miro frente a frente.—¡Nieblas del Oeste! ¡Elevado sol del Mediodía! Tambien os miro cara a cara. ¡Multitud de hombres i de mujeres vestidos con vuestros trajes de costumbre! ¡Qué cosa tan curiosa sois para mi!—Los centenares i centenares que veo volviendo a casa en los barcos, excitan mi curiosidad mucho mas de lo que podeis suponer;—i vosotros que hace años atravesais de una a otra orilla, sois para mi mucho mas de lo que pensais, entrais en mis meditaciones mucho mas de lo que os es dable suponer.—Otros entrarán en el barco i pasarán de una orilla a otra.—Otros habrá que miren el curso de las ondas.—Otros verán la barca de Manhattan al Noroeste i la altura de Brooklin al Sudeste.—Otras verán las islas grandes i las pequeñas islas. —Dentro de cincuenta años, otros verán todo esto, miéntras atraviesen el rio, bajo el sol del Mediodía.—I dentro de cien años i de otros cien años mas, otros las verán.—Gozarán de la salida del sol, del flujo i del reflujo de las aguas.—Nada importa el tiempo ni el espacio, nada la distancia.— Lo mismo que sentís contemplando el rio o el cielo, lo he sentido yo a mi vez.—Como cualquiera de vosotros forma parte de esa multitud vivien-

(1) Walt-Whitman.—*Crossing Brooklin-Ferry.*

te, formo yo parte de ella.—De igual modo que vosotros, me refrescan a mi las brisas del rio.—Lo mismo que vosotros mirais los innumerables mastiles de las embarcaciones i las infinitas chimeneas de los vapores, los he mirado yo ántes.—Infinitas veces, infinitas veces he atravesado el rio a las doce del dia.

He mirado los albatros i los he visto elevarse en el aire i sostenerse sobre sus alas inmóviles.—He visto el fulgor del sol iluminar parte de su cuerpo, dejando el resto en la sombra.—He visto sus lentos i anchos círculos, inclinarse gradualmente hácia el Sud.—I las blancas velas de los bergantines i de las navecillas, i las grandes embarcaciones firmes sobre sus anclas.—I los marineros trabajando en las cuerdas, i sus gallardetes flotando al viento.—I los cendales del crepúsculo, las oleadas majestuosas, i las crestas de espuma gárrulas i centellantes.—La lontananza que se va oscureciendo.—Los muros grises de granito de los almacenes del puerto. —En la vecina playa los ardientes fuegos de los hornos de fundicion irguiéndose en medio de la noche i haciendo volar sombras negruzcas.

—Estas i otras muchas cosas eran para mi lo mismo exactamente que son para vosotros»

I así va siguiendo un poema divinamente bello. Si ademas deseais saber cuál sea—segun él—la mejor manera de aprovechar la oportunidad de la vida que el cielo ofrece, leed el delicioso volúmen de sus cartas a un jóven amigo suyo:

Nueva York, 9 de Octubre de 1868.

«Querido Pete: ¡Qué mañana tan hermosa, serena i fresca! He salido para dar un corto paseo a lo largo del rio que dista poco de mi casa. ¿Te he de decir qué es de mi vida? Jeneralmente, por la mañana escribo, despues me baño; salgo cerca de mediodía, paseando a la ventura, o llego con algun amigo hasta el centro de la ciudad, o bien hago algunas compras. Si el tiempo es a propósito, me hago llevar por algun cochero amigo sobre el Broadway de la calle vijésima tercia de Bowling Green, tres millas para la ida i tres para el regreso. Todos los dias tengo mucho que hacer: no hai hora para mi sin ocupacion. Es una diversion sin límites: un estudio i un recreo, al pasear en carroza un par de horas a lo largo del Broadway: todo lo voi viendo como en una especie de panorama viviente que nunca se acaba: muestras de comercio, espléndidos edificios con grandes ventanales; pasan de contínuo por las aceras mujeres ricamente vestidas, siempre diferentes, mucho mejores que todo lo demas que pueda verse... Un verdadero rio de jente... Hombres tambien mui bien vestidos a la última moda, infinidad de forasteros, multitud de coches particulares i de alquiler, los ómnibus de los hoteles, carros, vehículos de toda especie... I el esplendor de la calle con tan suntuosos edificios, incrustados muchos de mármol blanco; i la alegría i el movimiento que se nota en todas partes... Ya

comprendes que esto es mui bello, cuando hace buen tiempo, para un vagabundo como yo que se goza lo que no es decible viendo el mundo de los negocios ajitarse en torno, miéntras comodamente mira i observa» (1).

* * *

Fútil manera de pasar el tiempo—pensareis muchos de vosotros,—i, sin embargo, es mui conveniente para un hombre de cierta edad. Porque, vamos a ver, profundizando la materia, ¿quién es que conoce mayor parte de la verdad, i quién menor parte de ella, Whitman sobre su imperial del ómnibus, lleno de la intensa satisfaccion que le inspira el espectáculo, o vosotros llenos del desden que sentís por la futilidad de su ocupacion?

Cuando vuestro vulgar brooklines o neoyorkino, que vive una vida demasiado lujosa, o está melancólico e inquieto por sus negocios personales, encuentra el barco o pasea por el broadway, su fantasía no puede, como la de Whitman, «levantarse i cernirse entre los colores del crepúsculo», ni en su interior puede en modo alguno realizar el hecho indiscutible de que nunca, en lugar alguno, en tiempo alguno, este mundo contiene una cantidad mayor de divinidad esencial o de significacion eterna, que la que informa el espectáculo que sus ojos ven con tanta indiferencia. Allá está la vida, i un paso mas allá está la muerte. Allá está la única forma de la belleza que ha existido. Allá, la antigua batalla humana con los frutos que ha producido. Allá el espíritu i la letra: lo real i lo ideal reunidos. Pero para el ojo mortecino i flojo todo es vulgar e inespresivo, fatigoso i desagradable. «¡Puah! ¡qué repugnante vision!»—decia Carlyle cuando paseaba de noche con alguno que le llamaba la atencion sobre el esplendor del firmamento. Así ocurre que la eterna repeticion de una escena por todas las jeneraciones, que el eterno retorno del órden establecido, que llenan de íntima satisfaccion a un Whitman, constituye para un Schopenhauer una anestesia emocional, el ingrediente principal del tedio para un espíritu como el suyo lleno hasta los bordes del sentimiento de «terrible vanidad interior.» ¿Qué cosa es en suma la vida—se pregunta—sino la eterna representacion de la misma vanidad, el mismo ladrar de los perros, el mismo sempiterno graznar de las aves? I, sin embargo, de las mismas fibras de que están formadas esas futilidades, está compuesto i tejido el material de todas las excitaciones, de todas las alegrías, de todas las significaciones que fueron, son i serán en el mundo.

(1) Whitman: *Calamus*, pájs. 41-42.—Boston, 1897.

De JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Paradoja sobre la orijinalidad

...Pero ni aun en esas que llamamos vulgares, las hai que se puedan trocar sin diferencia. La orijinalidad es la verdad del hombre.

Nada mas raro que la orijinalidad en la espresion del sentimiento; pero nada mas comun i vulgar que la orijinalidad del sentimiento mismo. Por la manera de sentir, nadie hai que deje de ser orijinal. Nadie hai que sienta de modo enteramente igual a otro alguno. La ausencia de orijinalidad en lo que se escribe, no es sino ineptitud para reflejar i precisar la verdad de lo que se siente.

Figúrate ante el mas vulgar de los casos de pasion; ante el crímen de que hablan las crónicas de cada dia. ¿Por qué mató el criminal; por qué robó; por qué manchó una honra? ¿Qué fué lo que le movió a la culpa? ¿El odio, la soberbia, la codicia, la sensualidad, el egoismo?... No; esas son muertas abstracciones. Dí que le impulsó *su* odio, *su* soberbia, *su* codicia, *su* sensualidad, *su* egoismo: los *suyos*, cosas únicas, únicas en la eternidad de los tiempos i en la infinitud del mundo. Nadie odia, ni ha odiado, ni odiará absolutamente como él. Nunca hubo ni habrá codicia absolutamente igual a su codicia; ni soberbia que con la suya pueda identificarse sin reserva. Multiplíquense las jeneraciones como las ondas de la mar; propáguese la humanidad por mil orbes: nunca se reproducirá en alma creada un amor como el mio, un odio como el mio. Semejantes podrán tener mi amor i mi odio; nunca podrán tener iguales. Cada sentimiento, aun el mas mínimo, de cada corazon, aun el mas pobre, es un nuevo i diferente objetivo en el espectáculo que el divino Espectador se da a sí propio. Cada minuto de mi vida que cae al abismo de la eternidad rompe un molde que nunca volverá a fundirse. ¿I qué te asombra en esto? ¿No sabes que en la inmensidad de la selva no hai dos hojas enteramente iguales; que no hai dos gotas enteramente iguales en la inmensidad del Océano?... Mira las luces del firmamento, cómo parecen muchas de ellas iguales entre sí, como otros tantos puntos luminosos. I cada una de ellas es un mundo: ¡piensa si serán desiguales!... Cuando el pensamiento de tu pequeñez, dentro del conjunto de lo creado, te angustie, defiéndete con esta reflexion, tal vez cousoladora: tal como seas, tan poco cuanto vivas, eres, en cada instante de tu existencia, una única, esclusiva orijinalidad, i representas en el inmenso conjunto un elemento insustituible: un elemento, por insustituible, necesario al órden en que no entra cosa sin sentido i objeto.

Jamas un sentimiento real i vivo se reproducirá sin modificacion de

una a otra alma. Cuando digo «mi amor», cuando digo «mi odio», refiriéndome al sentimiento que persona o cosa determinada me inspiran, no aludo a dos tendencias simples i elementales de mi sensibilidad, sino que con cada una de esas palabras doi clasificacion a un complejo de elementos internos que se asocian en mí segun cierta finalidad; a un cierto acorde de emociones, de apetitos, de ideas, de recuerdos, de impulsos inconscientes: propios e inseparables de mi historia íntima. La total complejidad de nuestro sér se reproduce en cualquiera manifestacion de nuestra naturaleza moral, en cualquiera de nuestros sentimientos, i cada uno de éstos es, como nosotros mismos, un órden singular, un carácter.

Fijando los matices del heroismo antiguo, notaba ya Plutarco cuánta diferencia va de fortaleza a fortaleza, como de la de Alcibíades a la de Epaminondas; de prudencia a prudencia, como de la de Temístocles a la de Arístides; de equidad a equidad, como de la de Numa a la de Agesilao. Pero para que estas diferencias existan no es necesario que el sentimiento que las manifiesta sea superior i enérjico, ni que esté contenido en la organizacion de una personalidad poderosa. Basta con que el sentimiento sea real; basta con que esté entrelazado en la viva urdimbre de un alma. —¡Cuánta monotonía, aparentemente, en el corazon i la historia de unos i otros hombres! ¡Qué variedad infinita, en realidad! Miradas a la distancia i en conjunto, las vidas humanas habian de parecer todas iguales, como las reses de un rebaño, como las ondas de un rio, como las espigas de un sembrado. Se ha dicho alguna vez que si se nos consintiera abrir esos millares de cartas que vienen en un fardo de correspondencia, nos asombraríamos de la igualdad que nos permitiria clasificar en unas pocas casillas el fondo psicolójico de esa muchedumbre de documentos personales: por todas partes las mismas situaciones del alma, las mismas penas, las mismas esperanzas, los mismos anhelos... ¡Esta es la ilusion del lenguaje! En realidad, cada una de las cartas deja tras sí un sentimiento único, una orijinalidad, un estado de conciencia, un caso singular que no podria ser sustituido por el que deja tras sí ninguna de las otras. Sólo que la palabra (i sobre todo, la palabra fijada en el papel por manos vulgares), no tiene medios con que determinar esos matices infinitos. El lenguaje, instrumento de comunicacion social, está hecho para significar jéneros, especies, cualidades comunes de representaciones semejantes. Espresa el lenguaje lo *impersonal* de la emocion; nunca podrá espresar lo *personal* hasta el punto de que no queden de ello cosas inefables, las mas sutiles, las mas delicadas, las mas hondas. Entre la realidad de mi sér íntimo a que yo doi nombre de *amor* i la de tu sér a que tú aplicas igual nombre, hai toda nuestra disparidad personal de diferencia. Apurar esta diferencia por medio de palabras; evocar, por medio de ellas, en mí la imájen *completa* de tu amor, en tí la imájen *completa* del mio, fuera intento compa-

rable al de quien se propusiese llenar un espacio cualquiera, alineando piedras irregulares i se empeñara en que no quedase vacío alguno entre el borde de las unas i el de las otras. Piedras, piedras irregulares, con que intentamos cubrir espacios ideales, son las palabras.

La superioridad del escritor, del poeta, que desentrañan ante la mirada ajena el alma propia, o bien, que crean un carácter novelesco o dramático, manifestándolo de suerte que, sobre el fondo humano que entrañe, se destaque vigorosamente una nota individual, de la que nazca la ilusion de la vida, está en vencer, hasta donde lo consiente la naturaleza de las cosas, esa fatalidad del lenguaje; está en domarle para que esprese, hasta donde es posible, la *singularidad individual*, sin la cual el sentimiento no es sino un concepto abstracto i frio. Consiste el triunfo del poeta en agrupar las palabras de modo que den la intuicion aproximada de esa orijinalidad individual del sentimiento, merced a la sujestion misteriosa que brota del conjunto de las palabras que el jenio elije i reune, como brota de la síntesis química un cuerpo con nuevas cualidades: un cuerpo que no es sólo la suma de los caracteres de sus componentes.

Si todos los que escriben arribaran a trasladar al papel la imájen clara, i por lo tanto la nota diferencial, de lo que sienten, no habria escritor que no fuera orijinal porque no hai alma que no sienta algo esclusivamente *suyo* delante de las cosas; no hai dos almas que reflejen absolutamente de igual suerte el choque de una impresion, la imájen de un objeto. De aquí que la orijinalidad literaria dependa, en primer término, de la sinceridad con que el escritor manifiesta lo hondo de su espíritu, i, en segundo término, de la precision con que alcanza a definir lo que hai de único i personal en sus imajinaciones i sus afectos. Sinceridad i precision son resortes de la orijinalidad.

Por la *llegada* de un gran escritor, de un gran poeta, se determina siempre la revelacion de nuevas tonalidades afectivas, de nuevas vibraciones de la emocion. Es que ese hombre acertó a espresar con precision maravillosa lo *suyo:* otros esperimentaron ante el mismo objeto estados de alma no ménos ricos, acaso, de orijinalidad; no ménos fecundos, acaso, en interes; pero, por no hallar modo de espresarlos, los condenaron al silencio, o bien pasaron por mediocres escritores i poetas, sólo porque no supieron, como el jenio sabe, traducir en palabras *casi todo* lo que sintieron, ya que *todo* hemos de entender que excede de la capacidad de las palabras.

Si la sustancia de la lírica i de la psicolojía novelesca está libre de la posibilidad de consumirse i agotarse con el trascurso del tiempo, débese a la complejidad i orijinalidad de todo sentimiento real. Porque aunque cualquiera manifestacion de la humana naturaleza haya de contenerse, hasta el fin de las jeneraciones, dentro de cierto número de sentimientos fundamentales i eternos; aunque el último poeta muera cantando lo que

el primero cantó en la niñez florida del mundo, siempre cada sentimiento tomará del alma individual en que aparezca, no sólo el sello del tiempo i de la raza, sino tambien el sello de la personalidad, i siempre el poeta de jenio, al convertir en imájenes la manera como se manifiesta un sentimiento en su alma, sabrá hacer sensible ese *principio de individualizacion*, esa orijinalidad personal del sentimiento.

.....

De EDUARDO MARQUINA

Las campanas que andan

No llamamos a misa;
somos desprendimiento i somos risa;
somos flores sin fruto, eternamente
echadas a volar por el ambiente.

A libertarte de tus propias voces
acudimos veloces;
somos rumor de cosas, ajitadas
en alegres bandadas.

Pétalos esparcidos,
pajas echadas fuera de los nidos,
vida sobrera, vida redundante,
lumbre del dia i lumbre del instante;

somos campanería
sin sentido, sin ritmo ni armonía;
espuma de aguas, resplandor de llama,
voz sin verdad i mundo en panorama.

Tú, que a labor estabas
i en la raiz del mundo te aplicabas,
sal a tu puerta, i se te pase el dia
en la errante i veloz campanería...